4435

EL TEATRO.
COLECCION DE OBRAS DRAMATICAS Y LIRICAS.

ESTUDIO
DEL
NATURAL,

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

DON LUIS MARIANO DE LARRA.

SEGUNDA EDICION.

MADRID.
ALONSO GULLON, EDITOR.
PEZ,—40,—2.°

1874.

9

ESTUDIO DEL NATURAL.

ESTUDIO DEL NATURAL.

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

DON LUIS MARIANO DE LARRA.

Representado en el Teatro del CIRCO el dia 14 de Febrero de 1863.

SEGUNDA EDICION.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.
1874.

PERSONAJES.	ACTORES.
ISABEL, 34 años.....	Doña Teodora Lamadrid.
MATILDE, 15.....	Doña Elisa Boldun.
EL CORONEL, 60..... ...	D. Joaquin Arjona.
EDUARDO, 38.....	D. Manuel Ossorio.
CÁRLOS, 25.....	D. Rafael Calvo.

Año de 1862.—El primer acto en casa del Coronel; el segundo y tercero en casa de Eduardo.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España, ni en sus posesiones de Ultramar, ni en los paises con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traduccion.

Los comisionados de la Galería Dramática y Lírica, titulada El Teatro, de DON ALONSO GULLON, son los exclusivamente encargados del cobro de los derechos de representacion y de la venta de ejemplares.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

A LA MEMORIA

DE

FERNANDO OSSORIO,

El autor.

669402

Digitized by the Internet Archive
in 2013

http://archive.org/details/estudiodelnatura2889larr

ACTO PRIMERO.

Jardin pequeño. Á la izquierda del actor la fachada de la casa con puerta y ventana practicables. Un emparrado sobre la puerta, y persianas de cortina en la ventana. Bancos y sillas rústicas alrededor de un velador. Tapia al foro, con puerta grande de hierro calada, por la que se ve el campo. Á la derecha un cenador y la prolongacion del jardin.

ESCENA PRIMERA.

ISABEL, MATILDE, CÁRLOS, entrando á la escena por el foro derecha en traje de mañana.

MAT. Aún era temprano.
CARLOS. Sí.
MAT. No hay nadie en casa: ¿lo ves? (Á Isabel.)
ISABEL. Es que á pesar de tu empeño
no me sentía muy bien.
MAT. ¿Y por qué no lo has dicho ántes?
ISABEL. Era cansancio tal vez
y asustarte no quería:
ya estoy mejor.
(Sentándose y quitándose el sombrero de paja.)
CARLOS. Puede ser
que el fresco de la mañana
le haga á usted daño.
ISABEL. No á fe.

MAT. Mamá ha padecido mucho
en Madrid: estuvo un mes
á la muerte, y desde entónces
nunca está del todo bien.
Por eso papá dispuso, (Con volubilidad.)
fundado en el parecer
de los médicos, cambiar
de país...

ISABEL. Niña, ¿no ves
que abusas de la bondad
de este caballero?

CARLOS. ¿Qué?
Señora, por Dios, yo tengo (Con galantería)
un verdadero placer
en que ustedes me dispensen
su amistad. Mi padre es
desde sus más tiernos años
amigo del Coronel,
y á mí don Pedro me quiere
como á un hijo. Es un deber
en mí amar á su familia,
y quiero cumplir con él.

ISABEL. Gracias.

CARLOS. Decía Matilde...

MAT. Nada más: que papá, al ver
(Se quita el sombrero y le coloca sobre un velador con las sombrillas de ambas.)
la precision absoluta
de viajar, hizo bien
en pensar en su país.

CARLOS. Veo que le gusta á usted...

MAT. ¡Es el cielo de Aragon
tan puro! Tan bella es (Con expansion.)
la campiña, y es tan franca
la gente, que ni una vez
he echado á Madrid de ménos
desde que salimos de él.

CARLOS. ¡Orgullosa debe estar
mi patria!

ISABEL. Matilde fué
siempre al campo aficionada:
le gusta la sencillez

más que el lujo cortesano,
y aunque á su edad raro es,
quiere tener más que galas
libertad para correr.
¡Es muy niña todavía!

MAT. No, mamá; dentro de un mes
cumplo ya diez y seis años.
Edad tengo para hacer
lo que otras muchas; pensar
sólo en bailes y en soirées,
echar de ménos las noches
de Madrid, y su tropel
de vestidos... de teatros...
y visitas... ya yo sé
que es extraño, pero yo
si te pudiera tener
siempre á mi lado, y contigo
(Mirando á Cárlos.)
á aquellos que quiero bien,
vivir quisiera aquí siempre;
te lo juro!...

CARLOS. (¡Un ángel es!)

ISABEL. No hace todavía un año
que estamos aquí. Tal vez
otro más, cambiar te haría
de propósitos.

MAT. (Sorprendida.) ¿Por qué?

ISABEL. Llega una edad en la vida
en que anhela la mujer
cambiar por otros afectos
los que tuvo en la niñez...
y entónces...

MAT. ¡Oh! si es por eso...
¡yo como cambiar no sé!
(Mirando á Cárlos con intencion.)

ISABEL. El dia ménos pensado
te casarás.

MAT. (Bajando los ojos.) Puede ser.

ISABEL. Y si tu esposo te lleva
á Madrid, ó su interés
fuera de estos bellos sitios
le obliga á permanecer...

¿qué harías sino dejarlos?

MAT. ¿Qué haría?

ISABEL. ¡Vamos á ver!

MAT. Vivir con él y contigo,
ó no casarme.—¡Eso es!

ISABEL. ¿Qué entiendes tú? (Sonriendo.)

MAT. (Á Cárlos.) ¿Digo mal?...

CARLOS. Á mí me parece bien;
pero en el hombre hay deberes,
si ternura en la mujer,
y es fácil que sucediera
lo que su mamá de usted...

MAT. ¡Ah! ¿Conque usted se figura
que iba yo á dejar de ver
por un extraño á mi madre?

CARLOS. Yo...

MAT. Pues se equivoca usted:
el que me quiera, ya sabe
que se queda aquí tambien:
que no me caso, mamá. (Á Isabel con enojo.)

ISABEL. No te incomodes, mujer. (Sonriendo.)
Aún no ha llegado ese caso.

MAT. Por si llega.

ISABEL. (Á Cárlos.) ¡Usted ya ve
la gravedad de mi hija!...

CARLOS. Veo que fuera crüel
querer separar á ustedes.

ISABEL. (Variando de conversacion.)
¿Viene usted hoy á comer
con nosotros?

MAT. (Con rapidez.) ¿Pues si es miércoles,
no ha de venir?

CARLOS. (A Isabel.) Verdad es.

ISABEL. Entónces ya es abusar
detenerle más.

MAT. ¿Por qué?

ISABEL. ¡Niña!

CARLOS. Ustedes nunca abusan.

ISABEL. No importa.

CARLOS. No insistiré.

MAT. Hasta luégo... (¿Y pronto?...)
(Ap., con rapidez á Cárlos.)

CARLOS. (Id., aparte á Matilde.) (Pronto.)
ISABEL. ¡Vaya, adios! (Á Cárlos.)
CARLOS. (Saludando.) Hasta despues.
(Váse por el fondo.)

ESCENA II.

ISABEL, MATILDE, que con distraccion fingida se acerca á la puerta del foro y mira alejarse á Cárlos haciéndole señas.

ISABEL. ¡Matilde! (Llamándola.)
MAT. (Sorprendida.) ¿Mamá?
ISABEL. ¿Qué haces?
MAT. ¿Yo? nada: ¿qué quieres? (Bajando al proscenio.)
ISABEL. Ven;
siéntate á mi lado; así. (Se sienta Matilde.)
¿Sabes que dentro de un mes
hace un año que salimos
de Madrid?
MAT. ¡Oh, bien lo sé!
Ha sido aquí tan tranquila
nuestra vida, y padecer
te he visto allí tanto, tanto,
que tiemblo, no sé por qué,
sólo al pensar, mamá mia,
que pudiéramos volver.
ISABEL. Esta casa, sin embargo,
no es la nuestra.
MAT. El Coronel
te quiere como á una hija,
más que á su hijo...
ISABEL. Sí á fe.
MAT. Y yo á pesar de su genio
le amo mucho.
ISABEL. Y yo tambien.
MAT. No nos ha dicho mil veces,
«vosotras dos no volveis
»á Madrid: si un dia mi hijo
»se empeña en que ha de volver,
»él irá solo, mi nieta
»y mi hija no van con él!»
ISABEL. Cierto: pero su cariño

no es razonable... ya ves...
si tu padre precisado
á salir de aquí se ve,
natural es que se lleve
á su hija y su mujer.

MAT. Mamá, yo te quiero mucho
y obedecerte sabré,
no prefiriendo egoista
mis gustos á mi deber.
Pero si papá algun dia
de aquí se va, créeme,
por cuanto ames en el mundo
haz, mamá, por no volver.

ISABEL. ¿Tan dichosa eres aquí?

MAT. (Bajando la voz.)
¡Mamá del alma! Yo sé,
callandito, que fiada
en mi loca sencillez,
en mis pocos años, nunca
darme quisiste á entender
tus penas.

ISABEL. ¡Oh! mi salud...

MAT. Sí; pero yo sé muy bien
que nunca me has dado un beso
con ojos enjutos. Sé
que has pasado muchas noches
presa de insomnio crüel
entre el llanto de mañana
y los suspiros de ayer:
que has sido muy infeliz,
yo no pregunto por qué,
que las penas han minado
tu salud con rapidez,
y que á pesar de tu heróico
silencio, un mes y otro mes,
lo que á la niña ocultabas
observaba la mujer.

ISABEL. (Sonriendo.)
¡Aprensiones tuyas!...

MAT. (Con amargura y conviccion.) No;
¡yo te lo juro!

ISABEL. (Con rapidez y temor. Pues bien.

tú nada has visto.

MAT. No quiero
verte sufrir otra vez.

ISABEL. Á eso nacemos al mundo,
no hablemos más.

MAT. Callaré.

ISABEL. (Con sonrisa forzada.)
Yo comprendo lo que pasa;
tú ya empiezas á tener
tus ilusiones y ocultas
algun secreto tambien.

MAT. ¡Yo!

ISABEL. Cárlos es buen muchacho,
muy servicial, muy cortés. (Con intencion.)

MAT. Cierto. (Disimulando.)

ISABEL. Tu abuelo y su padre
son muy amigos.

MAT. No sé...

ISABEL. Él es rico, honrado, bueno:
tú eres bella... ¿digo bien?

MAT. Sigue.

ISABEL. Por eso sin duda
temes dejarle de ver,
y quieres que estemos siempre
con el abuelo.

MAT. (Con tristeza.) ¿Por qué
me dices eso, mamá?
¿Y has podido suponer
que sólo por egoismo
quiero estar aquí? (Conmovida.)

ISABEL. ¡No, ven!
(Levantándose y queriendo abrazarla.)

MAT. ¡Me has hecho daño, mamá! (Llorando.)

ISABEL. Fué una chanza.

MAT. Muy cruel.

ISABEL. ¡Vamos!... no seas rencorosa...

MAT. Yo te juro...

ISABEL. Abrázame.
(Se abrazan é Isabel la limpia los ojos con su pañuelo.)

ESCENA III.

DICHAS, el CORONEL, por la puerta de la casa.

COR. ¿Ya de vuelta?
MAT. (Yendo á saludarle.) Abuelo.
ISABEL. (Sentándose otra vez.) Sí.
COR. ¿Qué es esto? ¿estamos llorando? (Á Matilde.)
MAT. No, sino que aquí charlando... (Rápidamente.)
COR. Es que nadie llora aquí.
MAT. Justo; si no era llorar.
COR. ¿Y tú? (Á Isabel.)
ISABEL. Como siempre, buena.
MAT. Esta atmósfera serena
nunca convida á enfermar.
COR. ¿Ha sido hoy largo el paseo?
ISABEL. Hasta el cerro de la ermita.
COR. ¡Hola!
MAT. Mamá necesita
mucho tiempo de recreo.
COR. ¿Ella, ó tú? (Con intencion.)
MAT. Vamos, las dos.
COR. Eso es decir la verdad.
MAT. ¡Es tanta la variedad
que da á sus mañanas Dios!...
Y está el campo tan hermoso
y con tanta flor la vega,
que con pesadumbre llega
el instante del reposo.
COR. ¿Fuisteis solas?
MAT. Sin buscarlos
hay amigos.
COR. Es verdad.
¿Y quién?
MAT. Por casualidad
nos encontramos á Cárlos.
COR. Ya es historia extraordinaria;
y si se da en repetir,
creo que vais á salir
á casualidad diaria.
MAT. No viene siempre.

COR. ¿Y qué hacer? (Con ironía.)
si se encuentra á vuestro lado.
MAT. (Con sencilla expansion.)
Ni vino el juéves pasado
ni tampoco antes de ayer.
COR. Bien llevas la cuenta.
MAT. ¡Yo!
COR. ¡Estos niños!...
MAT. Crea usted...
ISABEL. Él nos hace la merced
de irnos distrayendo.
COR. ¡Oh!
MAT. De todo malicia ¿ves? (Á Isabel.)
el abuelo...
COR. ¡Yo! no tal.
Es un encuentro casual...
¡de veinte dias al mes! (Sonriendo.)
MAT. Bien, pues yo culpa no tengo. (Enojada.)
COR. Quién te la echa á tí tampoco?
Cárlos no es un jóven loco,
y á que os aprecie me avengo:
hijo es de padres honrados,
ha acabado su carrera
y hará feliz á cualquiera...
(No estamos equivocados.) (Ap. á Isabel.)
¿Y mi hijo?
MAT. ¿Quién, papá?
tal vez durmiendo.
COR. No á fe;
le ví salir y aun traté
de alcanzarle... pero ¡cá!...
El camino real siguió,
y yo creí que os buscaba.
ISABEL. No le hemos visto.
MAT. Hoy estaba
durmiendo cuando entré yo,
y no quise despertarle
como tan tarde se acuesta.
COR. (¿Aún aguarda tu respuesta?) (Ap. á Isabel.)
ISABEL. (Sí, y hoy mismo pienso hablarle.)
(Matilde entra en la casa con los sombreros y sombrillas que estaban sobre el velador.)

COR. Pena me da verle triste
y temor su afan eterno.
ISABEL. Esta vida es un infierno
para él.
COR. Tú lo quisiste.
ISABEL. ¿Qué debí hacer?
COR. Es verdad:
y de mí partió el consejo;
pero la vida de un viejo
sólo conviene á mi edad.
Le veo sufrir y callo:
pienso en ayer y me aterro,
y él calla y sufre este encierro.
ISABEL. Yo tan bien aquí me hallo;
soy tan feliz al mirar
la calma que nos rodea,
que me horroriza la idea
de tenerla que dejar.
(Vuelve á salir Matilde, y se dirige á la verja del foro.)
COR. Ya es otro hombre.
ISABEL. (Con incredulidad.) Puede ser...
COR. ¿Lo dudas?
ISABEL. (Con amargura.) ¡Tanto juró!...
COR. De cerca el castigo vió.
ISABEL. Si quiere, ¿qué hemos de hacer?
MAT. (Desde el foro.) Ya viene papá.
COR. (Á Isabel.) Por eso...
ISABEL. Bien; usted haga de modo...
COR. Aquí estoy yo para todo.
MAT. Muy buenos dias: ¿y el beso?
(Á Eduardo, que entra distraido y se detiene al ver que Matilde le presenta su frente. La besa y baja al proscenio preocupado.)

ESCENA IV.

DICHOS, EDUARDO.

EDUARDO. ¡Adios!
(Se dirige al velador y se sienta despues de quitarse el sombrero.)

MAT. Trae... ¡sudando vienes!
(Coge el sombrero y entra en la casa.)
EDUARDO. Anduve mucho.
COR. ¿Has notado
los árboles del cercado?...
¡están de fruta!...
ISABEL. (Acercándose.) ¿Qué tienes?
EDUARDO. Calor.
COR. Desgajarse ví
ayer dos ramas ó tres...
EDUARDO. No los he visto.
COR. Despues
de almorzar iremos.
EDUARDO. (Con sonrisa irónica.) Sí
COR. De ellas... ¡Matilde!...
(Llamando y como si se le ocurriera una idea.)
MAT. (Saliendo de la casa.) Aquí estoy.
COR. Ven conmigo.
MAT. ¿Adónde vamos?
COR. Á coger fruta.
MAT. (Con alegría.) Corramos.
(Dirigiéndose al foro.)
COR. Espera.
MAT. La única soy
para tan grata faena.
ISABEL. ¿Tanto te gusta?...
MAT. ¿Pues no?
en el árbol pruebo yo
si en la mesa estará buena!
ISABEL. No te hagas daño.
MAT. El abuelo
del canastillo se encarga,
y yo en la escalera larga
parece que escalo el cielo...
COR. (Aprovecha la ocasion.)
(Ap. á Isabel, que no atiende á nada de lo que se habla.)
ISABEL. (Está como siempre.)
COR. (Sí,
vé, despues me toca á mí.)
¡En marcha! (Á Matilde.)

MAT. ¡Devastacion!
(Se van por el foro.)

ESCENA V.

EDUARDO, ISABEL.

EDUARDO. ¡Gracias al cielo! Isabel.
(Levantándose con ansiedad.)
ISABEL. Eduardo. (Acercándose.)
EDUARDO. Necesitaba
hablarte, y de hoy no es posible
que pase.
ISABEL. Ya puedes; habla.
EDUARDO. Isabel. Yo ya no creo
que dudes de mí.—Mis faltas,
mis extravíos han sido
horribles... ¡lo sé!... Aún me abrasa
la memoria de mi vida
y el recuerdo de tus lágrimas.
Pero hoy soy otro hombre; créeme,
el hombre de ménos alma
se purifica al herirle
el soplo de la desgracia.
Y yo he vivido once meses,
tú lo has visto, sin que en nada
mi firme arrepentimiento
haya cejado.
ISABEL. La casa
de tu padre era un santuario,
y esa no es razon.
EDUARDO. Tu amarga
duda me traspasa el pecho...
ISABEL. ¡Eduardo! cuántas palabras
has quebrado en este mundo!
EDUARDO Sí, ya lo sé: mas repara
nuestra vida. Yo era jóven,
rico, independiente. ¡Abraza
de tal manera á los hombres
el vicio! Mi padre estaba
en la guerra. Yo sin madre
que por mis pasos velara,

como todos los muchachos
amé el juego.—Él embriaga,
fascina.
(Sintiéndose conmovido á pesar suyo.)

ISABEL. ¡Eduardo!

EDUARDO. (Con seguridad.) No temas.
Te ví: te amé. Nuestras almas
se entendieron; y mi padre,
concluida la campaña,
nos casó, y en su país
volvió á fijarse.

ISABEL. ¿Á qué tratas
de recordar unos dias
del bien pasajeras ráfagas?

EDUARDO. Es mi confesion, y quiero
que á brillar vuelvan...

ISABEL. ¡Dios lo haga!

EDUARDO. ¡Oh! me impacienta tu duda. (Con enojo.)

ISABEL. Sigue. (Con resignacion.)

EDUARDO. La riqueza es causa
de la inaccion.—Yo era rico,
tu dote cuantioso: cansan
pronto al que es jóven los goces
de la familia, y mi alma
necesitaba ancho campo
donde vivir.—Por desgracia
un dia jugué, y el juego
volvió la mal apagada
pasion á encender de nuevo.
Triste es lo demas.

ISABEL. ¡Oh! vanas
fueron todas mis angustias,
mis llantos, mis amenazas.
«Es la última vez,» decías,
y otra vez con nueva rabia,
tras de juramentos nuevos,
á tu vicio te entregabas.
«Es la herencia de tu hija.»
¡Nada!

EDUARDO. ¡Sí! (Avergonzado.)

ISABEL. «Eduardo, repara
»que es tu honra la que pierdes

»con tu fortuna á una carta.»
Todo inútil.—¡Oh, perdona!
te has arrepentido y basta;
mas brota sangre la herida
y tú has querido tocarla.

EDUARDO. Cierto; tras la lucha eterna
de mi pasion, de mi casa
llegó la ruina: era el término
de tu paciencia. Guardabas,
como guardas hoy, tu dote,
y acogiéndote á una tabla
en el naufragio, á mi padre
acudiste.

ISABEL. Se trataba
de mi hija... Yo sin ella
te le hubiera dado.—Basta.

EDUARDO. Acudimos á mi padre...
¡horrible castigo! y francas
me abrió sus puertas. Aquí
hemos vivido, y mis canas
ántes de tiempo te dicen
si ha sido la prueba larga.
Siendo aún pobres, yo podría
vivir aquí aunque me amarga
la idea de que mi padre
fuese el sosten de mi casa.
Pero ya que el pobre conde,
su hermano, que en paz descansa,
me instituyó su heredero
hace tres meses, y tanta
otra vez es mi fortuna
como otros dias, me causa
vergüenza que aquí sigamos
de esta manera. Se trata
de mi dignidad. Yo quiero
borrar mis antiguas faltas,
administrar mi fortuna,
darte fausto, lujo y galas
por todo lo que has sufrido;
ver á mi hija halagada
por todos; ser, en fin, padre,
que aún no lo he sido.

ISABEL. Si tratas
de mi dicha, aquí se encuentra
la paz que anhela mi alma;
si de la suya, tal vez
aquí el cielo se la guarda.
¿Qué te importa de Madrid
el oropel? Vive, labra
en tu país, compra haciendas,
ocúpate en cultivarlas.
Aquí tambien puede un rico
hacer por sí y por su patria.
(Con cariñosa insistencia.)
Créeme, Eduardo, la dicha
no está en la vida agitada
de Madrid, aquí la tienes
y es malo desperdiciarla.

EDUARDO. Isabel, yo ya soy otro;
te juro y te doy palabra
de no volver en mi vida
á hacerte verter más lágrimas:
pero aquí me ahogo: quiero
volver á mi centro: francas
tengo allí de la política
las puertas, y no en la falsa
inaccion que al hombre enerva
y vicia dejaré el alma.
De eso, á vivir encerrado
aquí, es grande la distancia.
(Con empeño.)
Y yo que puedo y que debo
quiero cuanto ántes salvarla.

ISABEL. Quiera Dios, Eduardo mio,
que si á otra vida te lanzas,
de la decision que hoy tomas
no te arrepientas mañana.

EDUARDO Ya es terquedad.

ISABEL. No lo creas...
(Con dolor.)
yo te aconsejo y tú mandas.

EDUARDO. No mandar, no: mas mi hija,
¿qué hace aquí? ¿Yo qué soy... nada;
un cualquiera! ¡Un hijo pródigo!

no es decoroso.

ISABEL. Ya basta;
hágase tu voluntad
y Dios con nosotros vaya.

EDUARDO. (Con expansion y dejándose llevar por sus ideas.)
¡Oh! tú verás. Lo primero
es alhajar nuestra casa;
tú elegirás muebles, joyas...
cuanto quieras! Vamos, anda;
prepáralo todo.

ISABEL. Deja
unos dias.

EDUARDO. No, ya es tanta
mi impaciencia, que no vivo
sino con esa esperanza.

ISABEL. Eduardo, sólo una cosa
te digo: si en hora aciaga
vuelves...

EDUARDO. ¡Por Dios! ya te he dicho...

ISABEL. Que yo no lo sepa.

EDUARDO. Vana
es tu aprension.

ISABEL. Mucho te amo;
pero el dia que notara
la verdad, aquí con mi hija
volvería.

EDUARDO. Por Dios, basta:
¿me crees tan necio que fuera
á exponer?...

ISABEL. Es delicada
mi salud, y á nuevas pruebas
no podría sujetarla.

(Aparece en el foro el Coronel, y baja al proscenio.)

EDUARDO. Yo te juro que al pedirte
hoy perdon, quiero que caiga
la maldicion de mi padre
sobre mí, si nuevas faltas
al precipicio me vuelven,
de donde tu voz me arranca.

COR. (Colocándose en medio, con solemnidad.)
Yo el juramento recojo.

EDUARDO. ¡Padre! (Turbado.)

COR. Vete, hija. (Á Isabel.)
ISABEL. (Mirando al cielo.) (¡Dios lo haga!)
(Se va por la puerta de la casa.)

ESCENA VI.

CORONEL, EDUARDO.

EDUARDO. Señor...
COR. Sin haberte oido,
supongo que habrás hablado...
EDUARDO. ¡Padre!
COR. No está mal pensado,
si al bien estás decidido.
Yo comprendo la razon,
y adivino que á tu edad
se anhela la sociedad
y otra activa ocupacion.
Pero al intentar partir
del techo que te ha amparado,
la voz de este viejo honrado...
de tu padre, vas á oir.
Tal vez si vuelves al mundo
se perderá en el vacío.
EDUARDO. Siempre la oí, padre mio,
con el amor más profundo.
COR. No basta, Eduardo, escuchar
la voz de un padre, ¿qué ménos?
La conducta de los buenos
es necesario imitar.
EDUARDO. ¡Oh! ya estoy arrepentido
de todo el mal que causé.
COR. Y yo, que te perdoné,
el mal que me hiciste olvido.
Pasado el primer momento
de mi justa indignacion,
dejé sola á tu razon
labrar tu arrepentimiento;
y olvidando tus agravios,
no habrás visto con enojos
ni una mirada en mis ojos,
ni una palabra en mis labios.

EDUARDO. Cierto.
COR. Labré á tu virtud
senda nueva... ¡alto destino!...
y rodeé tu camino
de tierna solicitud.
EDUARDO. Cierto, padre.
COR. Tal vez Dios,
de tu enmienda convencido,
á nueva prueba ha querido
sujetarnos á los dos.
Y al darte mi pobre hermano
la fortuna que perdiste,
hoy tu porvenir existe
en tu poder y en tu mano.
Ahora bien, si en tu conciencia
no está del todo apagada
esa pasion desgraciada
que te trajo á la indigencia;
si aún en tu ser, mal dormida
la voz te llama del juego,
Eduardo, yo te lo ruego,
no quieras cambiar de vida.
Esta monótona calma
aleja al hombre del vicio,
y más en el sacrificio
puede acrisolarse el alma.
Vive aquí; sé activo, inventa,
trabaja y serás dichoso...
eres hijo, padre, esposo...
ten mis consejos en cuenta.
EDUARDO. No tema usted; yo prometo
al trabajo dedicar
mi existencia y alcanzar
del mundo aplauso y respeto.
No soy ya el jóven que un dia,
inexperto, inadvertido,
dió por desgracia al olvido
lo que al cielo le debía.
Ya la experiencia me ha dado
la calma que me faltaba,
y mi extravío se acaba
al concluir mi pasado.

Más bueno se logra ser
en todas partes, señor,
y yo no puedo en rigor
vivir aquí con placer.
Necesito respirar
ménos limitado ambiente;
yo á este país, á esta gente
no me puedo acostumbrar.
Es el mio... bien lo sé;
pero yo otro he conocido,
y pues siempre allí he vivido,
allí, padre, moriré.

COR. Haz tu gusto; pero advierte
que yo desde aquí te espío,
que tu conducta, hijo mio,
puede acelerar mi muerte.
Que ésta tu nueva fortuna
como aquella que perdiste,
al trabajo las debiste,
no al esplendor de tu cuna.
Tus buenos antepasados
trabajaron de contínuo
para librar tu camino
de miseria y de cuidados.
Mas debes á su memoria
hacer de ellas un buen uso;
Dios en tus manos las puso
no como una ejecutoria,
sino para hacer el bien
que todos los ricos pueden,
aumentarlas y que queden
para tus hijos tambien.
¿Me prometes trabajar
y resistir con valor?

EDUARDO. Doy mi palabra de honor (Con solemnidad)
de no volver á jugar.

COR. Basta! Ese empeño sagrado
con tu padre has contraido.
¡Un abrazo! Dios te ha oido,
y cual yo te ha perdonado.
(Le abraza y se va por la puerta de la casa.)

ESCENA VII.

EDUARDO, con la mayor alegría.

¡Oh! sí; no más neciamente
iré á exponer mi riqueza;
pero hoy otra vida empieza
y me está ahogando este ambiente!...
Yo nací para vivir
en el centro, en sociedad;
me mata la soledad...
y hoy mismo quiero partir.

ESCENA VIII.

EDUARDO, MATILDE, con un canastillo de frutas, que deja en la mesa.

MAT. ¡Papá!...
EDUARDO. (Corriendo á ella.) Abrázame, hija mia.
MAT. ¡Qué alegre estás hoy!
EDUARDO. ¡Pues no!
y tu vas á estarlo. (Bajándola al proscenio.)
MAT. (Sorprendida.) ¿Yo?
EDUARDO. ¡Deja tu melancolía!
MAT. Si yo estoy siempre contenta...
EDUARDO. ¡Oh! no finjas.
MAT. (Con sencillez.) No, papá.
EDUARDO. Vamos, alégrate ya.
MAT. Pero...
EDUARDO. Ignoras...
MAT. Todo: ¡cuenta!
EDUARDO. Ayuda á tu madre á hacer
el equipaje al momento.
MAT. ¿Qué? (Con temor y sobresalto.)
EDUARDO. Es preciso... luégo...
MAT. Siento
una aungustia al comprender...
EDUARDO. ¡Vamos á Madrid! (En el colmo de la alegría.)
MAT. (Con la mayor tristeza.) ¡Dios mio!

EDUARDO. Te alegra mucho, ¿verdad?
MAT. Sí. (Conteniendo sus lágrimas.)
EDUARDO. ¿Lo ves? La sociedad
curará pronto tu hastío.
¡Tendrás otra vez las galas
que adornaban tu belleza!...
Sí, mañana mismo empieza
tu vida á tender sus alas.
Tu madre y tú volvereis
á ser reinas del buen tono,
y, vamos, no me perdono
lo que aquí sufrido habeis.
MAT. Si yo...
EDUARDO. (Dominando su emocion.)
El médico asegura
que ya Isacel está buena,
y esta atmósfera serena
más salud no la procura.
Conque prepárate á ser
la joya de mis salones...
y deja á tus ilusiones
su ancho campo recorrer.
MAT. Bien, papá... (Casi llorando.)
EDUARDO. De gozo apenas
puede hablar, y se comprende.
¡Pobrecilla!
MAT. Pero atiende.
EDUARDO. No más llanto ni más penas.
MAT. Ya sólo saber deseo...
EDUARDO. Bien, no te detengas; vamos.
MAT. ¿Sabes ya cuándo marchamos?
EDUARDO. Hoy, en llegando el correo.
(Entra en la casa.)

ESCENA IX.

MATILDE.

¡Hoy! ¡Dios mio! y se figura
que yo estaba tan contenta.
¡No me ha mirado! en mis ojos
visto hubiera mi respuesta.

¡Otra vez á aquella vida!...
¡y mi pobre madre!... muerta
estará; sin duda alguna
volverán allí sus penas
y las mias... ¡Vamos!...
(Llorando y sentándose junto al velador.)

CARLOS. (Entrando por el foro.) ¡Hola!

ESCENA X.

MATILDE, CARLOS.

CARLOS. ¿Se descansó?
MAT. (Levantándose.) ¡Esta es más negra!
CARLOS. ¿Qué es eso? (Con interés.)
MAT. (Con desconsuelo infantil.)
¿Qué? que nos vamos.
CARLOS. ¿Dónde? (Sorprendido.)
MAT. Á Madrid.
CARLOS. ¿Y son esas
lágrimas por la partida?
MAT. ¿Eh? (Sorprendida y sin entenderle.)
CARLOS. (Con pasion.) ¡Cuánto gozo con ellas!
MAT. Pues muchas gracias: y yo
que esperaba que sintiera...
CARLOS. Aquí y allí los que se aman
muy fácilmente se encuentran.
MAT. ¿Ah? usted irá. (Con alegría.)
CARLOS. Yo no puedo
vivir sin usted
MAT. Promesas...
palabras...
CARLOS. Siempre las cumple
quien las pronuncia de veras.
MAT. Vaya; entónces ménos malo.
CARLOS. Soy rico: mi bien desean
mis buenos padres y nada
de cuanto anhelo me niegan.
Tal vez contribuya mucho
á nuestra dicha esta ausencia.
Yo los hablaré, y si cuento
con su amor de usted, si deja
que su mano pida...

MAT. (Turbada.) Yo...
Yo... vamos, si usted se empeña...
¡Pero eramos tan felices
aquí!... Con cuánta tristeza
cambiaré esta libertad
por aquella vida inquieta!
CARLOS. Aquí volveremos.
MAT. ¡Vamos!
y yo aquí hablando, y me esperan
para arreglar. Cárlos... (Dándole la mano.)
CARLOS. (En voz baja.) ¡Te amo!
¿y tú? (Besándosela.)
MAT. ¿Yo?... me da vergüenza...
CARLOS. ¿Sí?...
MAT. ¡Tambien te quiero mucho!...
(Con rapidez y sin mirarle.)
(Ya la perdí—quien empieza...)
ISABEL. ¡Matilde!
(Sale por la puerta de la casa. Cárlos se esconde por entre los árboles.)
MAT. ¡Mamá!

ESCENA XI.

ISABEL, MATILDE, CÁRLOS escondido.

ISABEL. Ya sabes...
MAT. ¡Oh! ¿por qué lloras...
ISABEL. Si vieras
con qué dolor de aquí salgo.
MAT. Yo tambien.
ISABEL. Vamos, arregla
tu neceser...
MAT. ¿Qué? ¿tan pronto?
ISABEL. Á Zaragoza se llega
en el tren en media hora,
y como no hay otro, es fuerza
salir hoy para alcanzar
mañana la diligencia.
(Al ir á entrar en la casa sale el Coronel.)
MAT. Bien.—Abuelo, yo no quiero (Llorando.)
marcharme... tambien es buena...

ESCENA XII.

ISABEL, MATILDE, CORONEL, CÁRLOS escondido.

COR. Ya te traerán á menudo,
iré yo á verte.
MAT. Ah! se quedan
mis palomas... que las cuiden.
COR. Descansa.
MAT. Que siembren fresas
para mí.
COR. Bien, hija mia.
MAT. (Vamos... si marcha más necia...)
(Entra en la casa sollozando.)

ESCENA XIII.

CORONEL, ISABEL.

ISABEL. ¿Le habló usted?
COR. Sí; y me ha jurado.
ISABEL. Tambien á mí. Usted espera...
COR. Confio; de todos modos
no olvides mis advertencias.
Escríbeme en el momento
que notes algo. No seas
débil; tu hija ántes que todo.
Energía, fortaleza,
y cuenta conmigo.
ISABEL. ¡Padre!
siento dejar esta aldea,
donde he vivido once meses
dichosa sobre la tierra.
No sé qué presentimiento
al dejarla me atormenta.
¡He sufrido tanto!
COR. Vamos,
el corazon exagera.
ISABEL. Cuento con usted.
COR. En todo;
una palabra, dos letras
y vuelo á tu lado. Guarda

tu dote, que esa es la herencía
ó el porvenir de tu hija,
suceda lo que suceda.

ISABEL. ¡Qué vida!

COR. Siempre recoge
dolores quien virtud siembra.
Valor, que Dios no abandona
nunca al bueno.

ISABEL. ¡Que él lo quiera!

COR. Eres un ángel; mi hijo
no te ha merecido: eterna
es mi admiracion, y un viejo
dobla ante tí la cabeza.
(Inclinándose delante de ella.)

ISABEL. ¡Padre y señor! (Abrazándole.)

COR. ¡Hija mia!

ISABEL. Es verdad; Dios siempre premia!

ESCENA XIV.

DICHOS, EDUARDO y MATILDE por la casa: se ven pasar por el foro mozos con equipajes. Matilde da á su madre el sombrero; ella le saca puesto. Eduardo lleva la cartera de viaje.

EDUARDO. Vaya, el tiempo no perdamos.

ISABEL. Cuando quieras.

MAT. (Mirando por todas partes.) (No le veo.)

EDUARDO. ¡Padre! (Acercándose al Coronel.)

COR. (Abrazándole.) Cumple mi deseo;
nada más ambicionamos...
Yo no voy á despediros
porque no quiero llorar... (Conmovido.)
aquí está mi pobre hogar
siempre pronto á recibiros.

MAT. ¡Abuelo! (Llorando al abrazarle.)

COR. Vaya, hija mia,
sé buena... quiere á tu padre...
é imita en todo á tu madre:
pocas hay como ella hoy dia.

EDUARDO. Mi Isabel... (Cogiéndola la mano.)

MAT. (Yendo á ella.) Mamá...

ISABEL. ¡Por Dios!...
Vaya... Papá, hasta más ver.

COR. ¡Hija!! ¡hijo!!

MAT. (¡Y no volver!)
(Mirando con rabia al foro.)

COR. Sed venturosos los dos.—
Esto á mi edad es crüel...

TODOS. ¡Adios!
(Se dirigen al foro Eduardo, el Coronel é Isabel. Matilde, que va detrás, se encuentra con Cárlos, que sale de detrás de un árbol.)

MAT. ¡Ah! (Con alegría, dándole la mano.)

CARLOS. (Ap. con rapidez.) (¡Diez dias!)

MAT. (¡Sí!)

ISABEL. (¡Señor, ten piedad de mí!) (Al irse.)

COR. (¡Dios mio, vela por él!)
(Salen por el foro.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Sala pequeña, amueblada con gusto y elegancia. Sillones, cuadros, portieres. Puerta al foro y laterales. Á la izquierda un balcon en segundo término. Un secreter de señora en el mismo lado. Á la derecha un *boureau* de hombre en primer término, y una puerta en segundo. Una lámpara encendida sobre un velador ilumina la escena. En el foro se ve otra habitacion amueblada, por la que se pasa para entrar á la escena. Otra lámpara encendida y colocada en una consola de esta habitacion, la alumbra tambien.

ESCENA PRIMERA.

ISABEL, MATILDE.

Es de noche. Matilde borda á un lado del velador, é Isabel vestida con un hábito del Cármen, la mira bordar.

MAT. Bien, y eso te probará
que yo no soy exigente.
ISABEL. ¡Yo sí lo soy para tí!
MAT. Mira, mamá, las mujeres
deben hallar en su casa,
tú me lo has dicho mil veces,
más goces que en las ajenas:

¿no es así?

ISABEL. Cierto.

MAT. Pues eres
apóstata en tus principios,
si hoy lo contrario defiendes.

ISABEL. No es eso: mujer casera
y arreglada como eres,
necesitas á tu edad
darle lo que le conviene.
No quiero yo que en los bailes
y los trajes sólo pienses;
pero de eso á estar metida
en estas cuatro paredes,
á no ir á ninguna parte,
á preferir estar siempre
á mi lado, hay gran distancia,
Matilde.

MAT. Mamá, si vieses
el placer que á mí me causa
verte dichosa y alegre,
no tendrías ese empeño
en que yo me divirtiese
fuera de casa. Yo bordo
y tú me miras: me adviertes
si lo hago mal; pongo empeño
en enmendarme: otras veces
salgo contigo á paseo:
la noche que papá vuelve
temprano toco el piano,
canto... ¡vamos! ¿qué más quieres?
¿Tengo yo acaso la culpa
si mi alma no se divierte
cuando no estoy á tu lado
hablando contigo y viéndote?

ISABEL. ¡Tú eres un ángel, Matilde!

MAT. Si lo soy, Dios te lo premie;
tú me has enseñado á serlo,
y torpe es el que no aprende
cuando su madre le enseña.
No hablemos de eso. ¿Me quieres?

ISABEL. ¡Más que á mi vida, hija mia!

MAT. Cuando alguna frase vierten

tus labios para probarme
el cariño que me tienes,
siento un orgullo, que te hablo
como si mi hermana fueses,
y ni un sólo aliento mio
deja de pertenecerte.

ISABEL. ¿Si uno solo? (Con malicia.)

MAT. (Sonriendo.) ¡Ya te entiendo!
pero, aunque es verdad, advierte
que tú misma has consentido
si él á visitarnos viene.

ISABEL. Sí; Cárlos te quiere mucho;
es un muchacho excelente,
y entre cuantos en tí piensan,
es el que más te conviene.

MAT. ¿Verdad que sí? (Con alegría.)

ISABEL. Su familia
estima á la nuestra, y puede
que ántes de poco, á la suya
pertenezcas para siempre.

MAT. Eso es lo que no me gusta...
¿por qué razon las mujeres, (Incomodada.)
cuando se casan, el nombre
que les dió su padre pierden,
y ya nadie las conoce
cuando no dice la gente
«la señora de Fulano
ó de Mengano?...» ¿Es un mueble
la mujer que pasa á ser
propiedad del que la quiere?

ISABEL. Al formar nueva familia,
el hombre de ella es el jefe.
Pobre de aquel de quien diga
el mundo naturalmente:
«*El marido de Fulana*!»
¡poco él sólo valer debe!

MAT. Eso tampoco me gusta.
Pero... ¿él te ha hablado?... (Con rubor.)

ISABEL. ¡Mil veces!

MAT. Y qué espera?

ISABEL. Yo le he dicho.
que eres muy niña...

MAT. Eso... puede
ser tan sólo opinion tuya...
ISABEL. Que aún no me atrevo... que espere...
MAT. Si yo me atrevo, mamá...
ISABEL. ¡Eh!
MAT. ¡De veras!...
SABEL. ¡Ah, valiente!...
Bien... pues déjalo á mi cargo;
vé pensando en lo que quieres (Se levantan.)
que te compre...
MAT. (Con rapidez.) Una mantilla
para ir sola á misa.
ISABEL. ¿Tienes
tanto deseo de ir sola
por esas calles?...
MAT. ¿Qué quieres?
(Con gravedad cómica.)
¡Es lo primero que hacemos
las casadas!... Papá viene;
(Viendo á Eduardo por la segunda sala.)
ni una palabra, que luégo
me hace burla. (Ap. á Isabel.)
SABEL. (¿Por qué temes?
¿no ha de saber?...)
EDUARDO. (Por el foro izquierda.) Buenas noches.

ESCENA II.

ISABEL, EDUARDO, MATILDE.

MAT. ¡Hola, papá!...
ISABEL. (Con alegría.) ¿Cómo vienes
tan temprano?
EDUARDO. He recordado
en el café que era hoy jueves
y hay concierto en la embajada.
ISABEL. Es verdad.
EDUARDO. Ya por tres veces
os han invitado.
MAT. (De mal humor.) (¡Vaya!)
ISABEL. ¡Sí tal!
EDUARDO. Y juzgo prudente
no aumentar otro desaire

á los demas.

ISABEL. ¿Y tú vienes?

EDUARDO. Sí... (Vacilando.)

ISABEL. (Con cariño.) Pues mira, entónces lleva
tú á Matilde; me divierten
tan poco las reuniones...
y ¿cómo quieres que deje
mi hábito por...

EDUARDO. Isabel,
acaso creerán las gentes
que ese vestido es anuncio
de pesares...

ISABEL. (Con expansion.) ¡Oh! ¡pues mienten!
¿Cuándo he sido más dichosa?

EDUARDO. No basta serlo. Hay deberes
sociales...

ISABEL. Tú eres su padre
y vas...

MAT. (Con rapidez.) No; por mí no alteres
tus gustos; no tengo empeño
en ir...

EDUARDO. ¡Oh! tambien ir puede
allí don... (Sonriendo.)

MAT. (Á Isabel.) (¿Lo ves? Ya empieza.)

EDUARDO. (¡Es necesario!...)
(Distraido, sentándose á su boureau.)

ISABEL. (Observándole.) ¿Qué tienes?

EDUARDO. ¡Nada!

ISABEL. ¿Te has incomodado
conmigo! (Con dulzura.)

EDUARDO. Naturalmente:
yo necesito que el mundo
te vea feliz... alegre...

ISABEL. ¿No lo estoy?

EDUARDO. Pero en tu casa,
y en ella nadie lo advierte...

ISABEL. Bueno.—Matilde, á vestirte...
(Él vendrá...) (Ap. á Matilde.)

MAT. (Con alegría.) ¿Me lo prometes?

ISABEL. (¡Sí!)

MAT. ¡Verás qué bien me visto!
¡Caballero!... (Haciendo una cortesía.)

EDUARDO. ¡Adios! (Sin mirarla.)
MAT. (Sorprendida.) ¿Eh?...
ISABEL. (Ap. á Matilde.) (¡Vete!)
MAT. (Se va por la puerta primera izquierda.)

ESCENA III.

ISABEL, EDUARDO.

ISABEL. (Acercándose á la silla donde está Eduardo.)
¿Por qué te enojas conmigo?...
EDUARDO. No es enojo... es sentimiento...
ISABEL. Vamos, iré. ¿Estás contento?
EDUARDO. Yo á acompañaros me obligo. (Levantándose.)
ISABEL. Bien. Yo quería evitar
que así vestida me vieran,
y en los pesares creyeran
de que tú has querido hablar.
EDUARDO. Esa promesa, Isabel,
lugar á interpretaciones
puede dar...
ISABEL. Dios las razones
conoce y yo fio en él.
¡Le estoy tan agradecida!...
¡Soy tan dichosa á tu lado!...
(Con cariño y expansiva alegría.)
EDUARDO. (¡Oh!) (Turbándose.)
ISABEL. Que llevar he jurado
hábito toda mi vida.
Si oyó la Vírgen mi empeño,
si consoló mi amargura,
¿no merece mi ventura
sacrificio tan pequeño?
EDUARDO. Pero si el mundo, Isabel, (Levantándose.)
sabe mi vida pasada,
y hoy te contempla encerrada
y nunca te encuentra en él,
¿no podrá tal vez pensar
que aquí te encierran tus penas?
ISABEL. Las opiniones ajenas
¿qué te pueden importar?
Si tu conducta hace un año

la paz ha dado á mi vida,
¿que yo os esté agradecida
al cielo y á tí, es extraño?
Yo lo que quieras haré,
que es tu gusto lo primero;
mas si mi casa prefiero
que en otros dias odié...
es porque encierra mi alma
tan venturosa alegría...
gozo en la existencia mia
de tan envidiable calma,
que si aquí la he de dejar
sentiré un pesar extremo...
y si me la llevo, ¡temo
que se pueda evaporar!...

EDUARDO. ¡Isabel!... (Conmovido.)

ISABEL. Tu conmocion
es ya tu mejor respuesta...
¡dime si no manifiesta
que tengo en todo razon!

EDUARDO. Sí... pero...

ISABEL. Ya se ha acabado...
Que cuando enferma me ví,
diré, el hábito ofrecí,
no miento y voy á tu lado.
Ahora hablemos de otra cosa...
¿Estás en fondos?
(Cogiéndole del brazo y sonriendo.)

EDUARDO. (Algo desconcertado.) ¿Quién, yo?
necesitas algo?...

ISABEL. No;
es tu hija, no tu esposa,
la que intenta saquear
el tesoro de la casa.

EDUARDO. No te comprendo: ¿qué pasa

ISABEL. (Sonriéndose.)
¿Qué? ¡Que se quiere casar!

EDUARDO. ¡Oh! ¡es muy niña!

ISABEL. ¡Eso creía,
pero ella dice que no!

EDUARDO. ¿Cárlos se ha explicado?

ISABEL. ¡Oh!

no pasa sin eso un dia;
y aunque yo digo á los dos
que temo que se arrepientan,
creo que no se contentan
sin la bendicion de Dios!

EDUARDO. Cárlos la quiere ..

ISABEL. Sí á fe,
y te puedo asegurar
que al llevarla él altar
dichosa á mi hija haré.

EDUARDO. Es rico... (Reflexionando.)

ISABEL. Leal, honrado...
deferente... respetuoso;
creo que el mejor esposo
para tu hija he encontrado.

EDUARDO. (Preocupado.)
Entónces, no hay ningun mal...
y si tú estás tan propicia!...

ISABEL. ¿Parece que la noticia
te preocupa?

EDUARDO. Sí tal;
siempre se teme perder...
mas si ella ha de ser dichosa...

ISABEL. Yo de mi dote cuantiosa
donacion la quiero hacer.

EDUARDO. Tuya es; tú la has conservado...

ISABEL. ¡No ya por desconfianza!

EDUARDO. Bien; en tu justa balanza
tus temores has pesado
y has hecho bien: yo ademas
la daré cuanto te cuadre,
y á la dote de su madre
mi regalo añadirás.

ISABEL. ¡Bien, Eduardo!

EDUARDO. Es nuestra hija
única, y justo es la demos
de todo cuanto tenemos
lo que el mundo nos exija.

ISABEL. Yo de sus joyas me encargo,
tú de sus trajes...

EDUARDO. ¡Muy bien!

ISABEL. Y luégo lo que él tambien

la regale...

EDUARDO. (Interrumpiéndole.) Sin embargo...
aún convendría esperar.
Yo á mi padre escribiré...
de Cárlos me informaré...
en fin, déjame arreglar...

ISABEL. Deseo es este muy justo;
y ¿no me guardas rencor
por el saqueo? (Riendo.)

EDUARDO. (Esforzándose por reir.) En rigor...
pudiera... ¡pero es tu gusto!

ISABEL. ¡Qué dichosa soy, Eduardo!
¡Oh! mil veces tú, bendito...

EDUARDO. Bien... Isabel... (Turbado.) (Necesito
ver... Imposible!... ¿qué aguardo?)
(Se desprende de los brazos de Isabel y se dirige á la segunda puerta izquierda.)

ESCENA IV.

ISABEL.

¡Oh! si los hombres supieran
con qué pocos sacrificios
somos felices, y cuánto
es más fácil el camino
de la virtud... ¡oh! Parece (Pausa.)
que todo lo que le he dicho
de la boda no le alegra!...
¡Tiene razon! Es tristísimo
pensar que llega un momento
en que anhelan nuestros hijos
vivir con un ser extraño
más que con nosotros mismos!
Es triste desde ese dia
ver en la casa un vacío
que ya no vuelve á llenarse...
Mas si nosotros lo hicimos
con nuestros padres, ¿qué mucho
que llevemos el castigo?

ESCENA V.

DICHA, CÁRLOS, por el foro.

CARLOS. ¡Señora!...
ISABEL. Adios, Cárlos.
CARLOS. ¿Buena?
ISABEL. Sí tal.
CARLOS. ¿Matilde?...
ISABEL. Ahora mismo
viene: vistiéndose estaba.
CARLOS. ¿Salen ustedes?
ISABEL. Yo opino
por no salir, mas su padre
recordó que era preciso
que fuéramos al concierto
de la embajada.
CARLOS. ¡Magnífico
debe estar!
ISABEL. Él la acompaña.
CARLOS. ¿Está en casa?
ISABEL. Sí.
CARLOS. Infinito
me alegro.
ISABEL. ¿Por qué?
CARLOS. Usted sabe
que tengo un deseo vivo
de hablarle, y como en un año
sólo tres veces le he visto...
ISABEL. Aún es pronto...
CARLOS. Á los deseos
de usted accedí solícito
muchas veces, y hoy aguardo
que me dé usted su permiso.
ISABEL. Sea, si usted lo ha pensado...
CARLOS. Escribí á padre ayer mismo,
y mañana su respuesta
debe llegar.—Yo no vivo,
usted lo sabe, señora,
que siempre leal me ha visto,
sino al lado de Matilde:

su corazon es tan digno
de ser amado, su alma
tan noble, tan peregrino
su rostro y yo la amo tanto,
que á retardar he accedido
mi peticion porque usted
se empeñó en ello. Hoy reincido:
y usted que nada dudoso
en mi conducta habrá visto,
que sabe mis sentimientos
mejor que los sé yo mismo...
no retardará sin causa
el admitirme por hijo.

ISABEL. (Ya es imposible negarse.) (Ap.)

CARLOS. ¿Qué dice usted?

ISABEL. Más no insisto;
usted es bueno, la quiere:
y nosotros admitimos,
lo espero al ménos, la honra
que nos hace.—Mi marido.

ESCENA VI.

DICHOS, EDUARDO, dirigiéndose á coger su sombrero, y completamente preocupado.

CARLOS. ¡Señor don Eduardo! (Saludando.)

EDUARDO. ¡Ah, Cárlos!
¿bueno?... me alegro infinito.
¿Y padre?

CARLOS. Con el de usted,
siempre siguen tan amigos.

EDUARDO. Usted ha de dispensarme,
pero un negocio preciso
me obliga á salir. (Con agitacion.)

ISABEL. ¡Ah! ¿sales
otra vez?

EDUARDO. Sí.

ISABEL. Convinimos
en ir al concierto.

EDUARDO. Vuelvo
á la hora precisa. Amigo... (Despidiéndose.)

CARLOS. Yo, aunque no es hora á propósito
de hablar á usted, le suplico
que me oiga un momento.
EDUARDO. (Contrariado.) Oigo.
CARLOS. Varias veces he venido,
y no teniendo la dicha...
EDUARDO. Bien, cumplimientos conmigo
son inútiles. Al caso.
CARLOS. Cuando juntos estuvimos
en Villanueva, á Matilde
conocí; sus atractivos,
su bondad, fueron la causa,
sin duda, de mi cariño.
El hecho es que hace año y medio
la adoro; que me permito
esperar con fundamento
ser de ella correspondido,
y que como mi ventura
sólo en ser su esposo cifro,
con licencia de su madre
la mano de su hija pido.
EDUARDO. Bien, gracias; y ciertamente...
su nombre de usted... yo estimo
á su familia, y si ella
le ha dado á usted su permiso...
CARLOS. Le aguardo.
EDUARDO. Pues hablaremos
entónces: mientras, omito
asegurarle... Isabel,
que ya sabe por lo visto
todo, le habrá dicho á usted
que yo con placer admito
su peticion, aunque creo
que es algo pronto.—Repito
(Conteniéndose apenas.)
que agradezco... y no es posible
detenerme mas.
CARLOS. ¿Su hijo
puedo llamarme?
EDUARDO. Lo espero.
CARLOS. Gracias. (Con efusion.)
ISABEL. Ven pronto.

EDUARDO. Ahora mismo.
(¡Oh, será rica! es forzoso (Desde la puerta.)
que concluya este suplicio.)
(Sale por el foro con desesperacion.)

ESCENA VII.

ISABEL, CARLOS.

ISABEL. Ya vé usted.
CARLOS. ¡Cuánto anhelaba
en un instante consigo!
¡Oh, gracias! De tal ventura
prometo ser siempre digno.
ISABEL. (Conmovida.)
Sí, Cárlos; si usted no siente
el convencimiento íntimo
de hacerla siempre dichosa;
si su corazon tranquilo
ha de amargar algun dia,
más feliz será conmigo.
CARLOS. Yo tengo en más que mi vida
de mi padre el apellido,
y en vez de vivir ocioso
como hacer suelen los ricos,
en mi carrera trabajo
con empeño y con ahinco,
porque una posicion quiero
debida sólo á mí mismo.
Este soy, y ántes de dar
á Matilde, á quien estimo,
á mi padre, á quien adoro,
de despreciarme un motivo,
perdería mi exístencia,
ó habria perdido el juicio.
ISABEL. Gracias: aunque lo sabía
hoy necesitaba oirlo.
CARLOS. Ahora... ¡adios!
ISABEL. ¡Tan pronto!
MAT. ¡Calla!
¿se vá usted, ó es que ha venido?

ESCENA VIII.

DICHOS, MATILDE, vestida para el concierto, pero sin adorno ninguno en la cabeza.

CARLOS. Me voy porque en este instante
no ver á usted necesito.
MAT. ¿Qué? (Sorprendida.)
CARLOS. Pero hay otra persona
á quien al irme suplico
le diga á usted el secreto
que en su mano deposito.
(Besa la mano de Isabel.)
MAT. Pero...
CARLOS. Está usted hechicera,
y á los del concierto envidio.
(Saluda y sale por el foro.)

ESCENA IX.

ISABEL, MATILDE.

MAT. ¿Qué es esto, mamá? ¿Se enfada
porque esta noche salimos?
ISABEL. No creo que esté enojado.
MAT. ¿Me sienta mal el vestido? (Con rapidez.)
ISABEL. No tal, y estás tan bonita
como siempre.
MAT. Pues no atino.
ISABEL. Ha sido una chanza.
MAT. Chanza...
¿y se va en cuanto me ha visto?
ISABEL. ¡Hija mia! (Llorando.)
MAT. ¡Ahora tú lloras!
Vamos, ¿qué es esto?
ISABEL. Ha venido
estando tu padre en casa.
MAT. ¿Otras veces no le ha visto?
ISABEL. No es eso; es que se han hablado
y tu mano le ha pedido.
MAT. ¡Ah! ¡mi mano!... ¿y papá? (Turbada.)

SABEL.. Dice
que le admitirá por hijo.
MAT. ¡Oh, mamá mia! ¿y tú lloras?
ISABEL. ¡Tiemblo al perderte!
MAT. Ya he dicho
que si me caso ha de ser
viviendo siempre contigo.
ISABEL. ¡Eso no es posible!
MAT. Entónces
que busque otra; yo no admito.
ISABEL. No seas niña.
MAT. ¡Es de veras!
ISABEL. Bien, ya veremos.
MAT. Te digo
que no quiero.
ISABEL. Yo prometo
ir á verte.
MAT. No, es preciso
que oigas mi plan. Nos casamos,
(Con rapidaz.)
es decir, tú me lo has dicho, (Ruborizándose.)
y á Aragon. Tiene allí Cárlos
una quinta... un paraiso.
Papá irá á vernos si quiere.
Y tenemos por vecino
al abuelo. Conque admite,
ó si no en el templo mismo
digo un *no* redondo, y todos
nos ponemos en ridículo.
ISABEL. Bien. (Sonriendo.)
MAT. Tú lo verás.
ISABEL. Acaba
de vestirte.
MAT. He concluido.
ISABEL. No; ponte un adorno.
MAT. ¿Vienes?
ISABEL. Yo el hábito no me quito.
Pero papá, segun creo,
vendrá por tí: él nos ha dicho
que vayamos. Unas flores...
MAT. ¡Ir yo sin tí! ¡Qué fastidio!
ISABEL. Una vez... (Aparece por el foro el Coronel.)

MAT. ¡Abuelo!
(Dando un grito al verle y corriendo á su encuentro.)
ISABEL. (Haciendo lo mismo.) ¡Padre!
COR. ¡Hijas! (Abrazando á las dos.)
MAT. (¡Cómo ha envejecido!)

ESCENA X.

DICHAS, CORONEL.

ISABEL. ¡Sin escribir... qué sorpresa!
MAT. ¿Viene usted bueno?
COR. ¿Y mi hijo?
ISABEL. Pronto vendrá.
MAT. Llega usted...
COR. En este momento mismo:
¿vais á salir?
ISABEL. Á un concierto;
pero habiendo usted venido...
COR. ¿Qué significa ese traje? (Á Isabel.)
ISABEL. Una promesa.
COR. Yo exijo
que por mí nada se altere;
y como quiero asimismo
dar á Eduardo una sorpresa,
que le ocultcis necesito
mi venida.
MAT. Eso es difícil,
ya los criados le han visto.
COR. Guarda tú por tí el secreto
y cuida de prevenirlos.
MAT. (Extraño misterio.) Bueno.
(Es raro! nada me ha dicho
de Cárlos y él saber debe!...)
ISABEL. De vestirte acaba.
COR. (Á Matilde.) Lindo
es ese traje y estás
embellecida.
ISABEL. Remigio
puede avisar en llegando
tu padre; evita un descuido.
MAT. Bien... otro abrazo.

COR. Otro abrazo.
MAT. (¡No comprendo su designio!)
(Se va por la izquierda.)

ESCENA XI.

ISABEL, el CORONEL.

COR. Habla pues, aquí estoy ya. (Con decision.)
ISABEL. Señor... no sé qué decir. (Con estupor.)
COR. No principies á fingir,
todo fuera inútil...
ISABEL. ¡Ah!
COR. En vano tus cartas quieren
ocultarme lo que pasa;
lo que sucede en tu casa
otros labios me refieren.
ISABEL. Le habrán á usted engañado:
feliz es la vida nuestra.
COR. Ese traje me demuestra
que no estoy equivocado!
ISABEL. Este traje... ya comprendo:
¿juzga usted al verme así...
que soy desdichada?
COR. ¡Sí!
ISABEL. ¡Tambien yo lo iba temiendo! (Con terror.)
¡Oh! no, señor!... al contrario,
¡por la dicha de los dos
ofrecí este hábito á Dios! (Con júbilo.)
COR. ¡Voto bien extraordinario!
ISABEL. Yo sólo necesitaba
para ver mi bien cumplido
la enmienda de mi marido;
y pues yo no la esperaba
y la he llegado á admirar,
sin faltarme un solo dia,
mi desconfianza impía
he querido castigar.
COR. (¡Qué es esto?)
ISABEL. (Con ansiedad.) ¿Lo duda usted?
COR. Yo...
ISABEL. Por Dios, que esa sospecha

no me deja satisfecha.

COR. Vamos... yo me equivoqué... (Turbado.)
temí al verte...

ISABEL. (Pensativa.) Sin embargo,
usted dijo que sabía
por otros....

COR. No... yo temía...

ISABEL. ¡Oh! ¡qué instante tan amargo
me ha hecho usted pasar!

COR. (¡Dios mio!
¿me habrán engañado?) Dí...
tú me juras?...

ISABEL. ¡Y de mí!
¡de mí misma desconfio!

COR. (¿Qué he hecho?) Perdona á mi amor
si te afligí sin querer...
Dichosos os vuelvo á ver,
no hay bien para mí mayor...

ISABEL. Pero...

COR. No interpretes más
mi triste duda... confieso
que temí; ¡vamos! ¿qué es eso?
¿tú tan segura no estás?

ISABEL. ¡Es que era tan venturosa,
tan feliz, que solamente
esa idea, de repente
puso en mi pecho una losa!

COR. No hablemos más: cuéntame
vuestra vida; tu contento...

ISABEL. Yo ni en un solo momento
hasta ahora mismo dudé...
Desde que á Madrid vinimos
hasta hoy que usted llega aquí,
yo siempre en Eduardo ví
el hombre que ántes perdimos.
Con su hija cariñoso...
conmigo bueno y amable...
en su trato, dulce, afable,
y buen padre y buen esposo
le ví un año sin cesar;
enjugó mi antiguo llanto...
prefirió su casa... ¡Tanto

no puede un hombre engañar!

COR. ¡Oh! cierto.—¿Y al fin logró
fundar esa sociedad
de crédito?...

ISABEL. ¡No en verdad!...
¡Creo que sócios no halló!...
Mas yo no estoy enterada;
yo con mirarle á mi lado
feliz, contento y honrado,
no le preguntaba nada.

COR. Gratas tus noticias son...
(¡Mentir no se puede así!)

ISABEL. ¿Y cómo usted?...

COR. ¡No escribí
por esa misma razon!
Creí en tus cartas notar
cierta alegría extremada...
y dije... no sabré nada
si entienden que he de llegar...
Y por eso, sin querer
escríbiros... ya me pesa,
te he causado una sorpresa
y tú me has dado un placer!

ISABEL. ¡Pues ahora á descansar!...
Eduardo vendrá al momento...

COR. No; perdona, mucho siento
tenerte ahora que dejar,
pero tengo que salir...

ISABEL. ¿Usted? (Sorprendida.)

COR. Sí; traigo un asunto,
y quiero zanjarle al punto.
¡Oh! ¡no tardaré en venir!

ISABEL. Mañana...

COR. No; es cosa urgente.

ISABEL. Dirá Eduardo...

COR. Yo quisiera
que mi hijo no supiera
mi llegada de repente!...

ISABEL. ¿Por qué?

COR. ¡Si llega á saber
que vine, habrá de extrañar...

ISABEL. Así le puede esperar...

COR. No: ¡le quiero sorprender!...
ISABEL. Matilde lo sabe ya...
COR. Callará, si se le advierte...
vaya, adios!...
ISABEL. ¡Y de esa suerte
se va usted!
COR. Si vuelvo acá
dentro de un rato. Prometo
tardar sólo lo preciso...
ya ves tengo un compromiso
urgente. (Riendo.)
ISABEL. Pero...
COR. Y secreto.—
¡Gozo en tu felicidad! (Abrazándola.)
ISABEL. (¡Lance más extraordinario!)
COR. ¡Hasta luégo! (¡Es necesario
que yo sepa la verdad!)
(Sale por el foro. Isabel le mira. Pausa.)

ESCENA XII.

ISABEL.

¡Me deja oprimido el pecho,
y en él un terror tirano
siento!... ¡No sabe ese anciano
todo el daño que me ha hecho!
¡Su entrada!... ¡su duda! ¡Sí!
¡algo hay aquí que me espanta!
él me ha ocultado... ¡Con cuánta
facilidad le creí!
¡Qué locura! su dolor
era justo, mas despues
que yo le he contado... ¡Eso es!
¡Oh! ¡qué necio es el temor!
¡Cómo presta al pensamiento
su cobarde raciocinio!
¡Cómo extiende su dominio
en la vida, en el acento!...
Mi calma desbaratar
en un instante ha logrado,
he temido... y he temblado...

y casi no acierto á hablar!
¡Vamos! ¡volvió mi costumbre
de asustarme sin razon!...
¡Oh! Si Eduardo... No hay ficcion
que dé tanta certidumbre!
Tranquilo el pobre estará
mientras desconfio de él!
¡Sospecha infame y cruel!

ESCENA XIII.

DICHA, EDUARDO por el foro sin ver á Isabel; entra en el mayor abatimiento y se deja caer en una silla al lado de su mesa.

EDUARDO. ¡No hay remedio humano!
ISABEL. (Aterrada.) ¡Ah!
EDUARDO. ¿Qué? (Levantándose.)
ISABEL. ¡Eduardo! (Dirigiéndose á él con rapidez.)
EDUARDO. (Turbado.) ¡Isabel!
ISABEL. (¡Dios mio!)
¡Mírame! Más... fijamente!...
EDUARDO. (Esquivando la mirada.)
¿Qué es lo que intentas?
ISABEL. ¡De frente!
EDUARDO. ¡Qué ridiculez!
ISABEL. ¡Lo ansío!
EDUARDO. Pero...
ISABEL. ¡La verdad!
EDUARDO. ¡Y bien!
ISABEL. ¡Tú me has engañado!...
EDUARDO. (Sin poder contenerse.) ¡Sí!
¡basta de farsa!
ISABEL. (Aterrada.) ¡Ay de mí!
EDUARDO. Me he engañado á mí tambien!
ISABEL. Es decir...
EDUARDO. Que hace medio año
(Con desesperacion.)
que mi pasion tentadora
al juego en maldita hora
me llevó para mi daño...
Que la sed mal apagada
de mi indómito deseo,

ha encontrado nuevo empleo
en mi suerte desdichada.
Que he fingido gozo y calma
hasta hoy que á tus piés me postro
con la máscara en el rostro,
y con la muerte en el alma!
Que esperaba recobrar
la fortuna que perdía...
¡ya sabes mi historia impía!...
¡ya no te puedo engañar!

ISABEL. ¿Qué es esto? Apenas entiendo (Con estupor.)
lo que me cuentan tus labios!
¡qué inesperados agravios...
aún lo dudo y lo estoy viendo!
¡Señor! ¿Cómo puede ser (Con explosion.)
sin morir de desconsuelo,
llegar al dintel del cielo
y tenerse que volver!

EDUARDO. ¿Y piensas que mi existencia
ha caminado entre flores?...
¡Oh! no cambies tus dolores
con la paz de tu conciencia
por el tormento invariable
que hace eterno mi delirio
y el placentero martirio
de esta lucha interminable!
Yo me he querido vencer,
he acudido á mi razon,
y el cobarde corazon
me ha hecho mil veces caer.
No envidies mi suerte, no,
que nadie debe envidiarme,
tú no puedes despreciarme
lo que me desprecio yo!

ISABEL. ¡Y puede engañar así
un hombre por sólo un vicio,
sin hacer el sacrificio
en que yo ilusa creí!

EDUARDO. ¡Oh! no es todo culpa mia,
tambien la tiene mi estrella.
Yo quise poder más que ella
y luché dia tras dia.

Una hora de fortuna
por recobrar lo perdido
y yo me hubiera vencido.

ISABEL. ¡Ilusion inoportuna!
¡Hubieras vuelto despues!...

EDUARDO. ¡Otros hay afortunados
y viven considerados!...

ISABEL. ¡Tú su conciencia no ves!
Eduardo, no seas cobarde;
sé tú de tí mismo juez;
aún será tiempo tal vez,
¡Eduardo! (Suplicante.)

EDUARDO. ¡Isabel! ¡es tarde!
Yo quise encontrar el modo
de acabar con mis apuros,
y he jugado tres mil duros
que me quedaban, ¡es todo!
Aún quiero buscar... pedir...
y en cambio en un cuarto de hora
puedo con suerte... hoy... ahora
mis pérdidas resarcir!...
Volver á casa triunfante
y abandonar, te lo juro,
mi precipicio seguro...
Un cuarto de hora es bastante.

ISABEL. Juraste á tu padre...

EDUARDO. Sí,
y aunque tu voz me taladre...

ISABEL. ¡La maldicion de tu padre
ha caido sobre tí!
¡Pero y tu hija!...

EDUARDO. (Con terror.) Más bajo...
Dios querrá que yo realice...

ISABEL. ¡El cielo nunca bendice
más que el oro del trabajo! (Pausa.)

EDUARDO. Sí, yo he tenido la culpa; (Abstraido.)
no ví el juego...: y era claro!...
Despues... cuando absorto... mudo,
con el pecho hecho pedazos,
me ví sin recurso... entónces
le adiviné!—Si en el acto
hubiera tenido un mundo,

todo lo hubiera ganado.

ISABEL. ¡Qué ceguedad!

EDUARDO. (Con una idea repentina.)
¡Ah, Isabel!
aún hay remedio.

ISABEL. Veamos.

EDUARDO. Sí, se dará todavía:
llego... lo observo y desbanco.
Isabel, tú tienes joyas...
tuyas, te las he comprado.

ISABEL. Son de mi hija. (Con frialdad y entereza.)

EDUARDO. No es cierto.

ISABEL. Sí: desde que llevo hábito
para que Dios ilumine
tu razon, se las he dado.

EDUARDO. (Suplicante.)
¡Oh! yo necesito ahora
que me las des; luégo en cambio
yo te daré cuantas quieras!
Es para ella: en llegando
á tiempo la suerte es mia,
lo juro.

ISABEL. Despierta, Eduardo.

EDUARDO. Lo sé de cierto, Isabel.

ISABEL. No.

EDUARDO. Cuando vuelva á tu lado
seremos otra vez ricos.
Tú verás ..

ISABEL. No puedo.

EDUARDO. Vamos,
yo te lo suplico en nombre
de tu amor.

ISABEL. (Fria y serena.) Yo no te amo.

EDUARDO. (Conteniéndose.)
Bien; ¡en nombre de mi hija!

ISABEL. Tú la arrastras por el fango
de tus vicios, y yo quiero
sacarla de él.

EDUARDO. Ve que callo:
dame esas joyas; aún tengo
una miseria; buscando
encontraré: salgo al punto:

me las das, y ántes de un cuarto
de hora... Isabel, yo lo espero.

ISABEL. ¡Nunca! (Grito desgarrador.)

EDUARDO. (Cogiéndola del brazo y fuera de sí.)
Isabel... ¡yo lo mando!
(Entra por la derecha.)

ESCENA XIV.

ISABEL, MATILDE.

ISABEL. ¡Ah! ¡Matilde! (Grito desgarrador.)
(Llamando con angustia, se dirige al secreter de la izquierda, abre y saca unas cajas con joyas, que empieza á colocar á su hija con rapidez nerviosa.)

MAT. (Saliendo.) Mamá.

ISABEL. Ven,
ven aquí. (La baja al proscenio.)

MAT. (Sorprendida.) ¿Qué haces?

ISABEL. Buscar.

MAT. Pero...

ISABEL. Te voy á adornar.

MAT. ¿Cómo, vienes tú tambien?

ISABEL. Sí.

MAT. ¡Qué extraña agitacion!

ISABEL. Es que me ha dado una idea:
quiero que Cárlos te vea,
y hacer tu presentacion
como señora casada.

MAT. ¿Tus joyas? ¿qué vas á hacer?

ISABEL. Yo te las voy á poner.

MAT. ¿Qué dirán?

ISABEL. No dirán nada:
el collar... (Se le coloca.)

MAT. ¡Yo con brillantes!...
¡no entiendo!... si soy soltera.

ISABEL. Diga el mundo lo que quiera.

MAT. Mamá, ya tengo bastantes.

ISABEL. No, el brazalete. (Se le coloca.)

MAT. ¡Mamá!

ISABEL. Así: ¿ves qué bien te sienta?
(Carcajada nerviosa.)

MAT. ¡Oh! ¡tu risa es violenta!
ISABEL. ¡La cruz!... ¿ves qué bien te está?
Pero...

ESCENA XV.

DICHAS, EDUARDO, por la izquierda.

ISABEL. Ven. (Queriendo llevarla por el foro.
MAT. Papá, aquí estás?
EDUARDO. Sí... (Las joyas... que no exija!...)
(Ap. á Isabel, con aire amenazador.)
ISABEL. (¡Quítaselas á tu hija!)
(Enseñándole á Matilde.)
EDUARDO. ¡Oh! (Retrocediendo avergonzado.)
ISABEL. ¡Vamos! (¡No puedo más!)
(Llevándose por el foro á Matilde, que la acompa ña con estupor; Eduardo se queda con el rostr cubierto entre sus manos. Cae el telon.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion del acto segundo.

ESCENA PRIMERA.

MATILDE, á poco el CORONEL.

MAT. (Mirando á la calle por el balcon de la izquierda.)
¡Ya pasa la hora... y nada!
¡Él, que es siempre tan puntual!
(Baja al proscenio.)
Acaso porque ayer noche
pidió mi mano, va ya
con ínfulas de marido
sus costumbres á olvidar?
¡Oh! pues tengo yo un humor...
No parecer por allá
en toda la noche, mientras
tenía yo que bailar
con otros: ¡y con qué otros!
diciendo unas cosas tan...
¡Ya se ve, como anunció
mi boda á todos mamá...
me daban unas bromitas!...
Nada... no parece... ¡Ah!
(Viendo al Coronel.)

ESCENA II.

DICHA, el CORONEL, por el foro: ve á Matilde el entrar.

COR. ¡Matilde!
MAT. ¡Abuelo!
COR. ¿Y tu madre?
MAT. En su cuarto debe estar...
COR. ¿Y Eduardo? (Mirando á todas partes.)
MAT. Papá... no sé...
COR. ¿No fué con vosotras?
MAT. ¡Cá!
Lo dijo; pero despues
se quedó aquí.
COR. ¡Es singular!
MAT. Papá está siempre ocupado. (Pausa.)
Abuelo... ¿sabe usted ya?...
COR. ¡Qué!
MAT. Lo de... ¡vamos!... (Cortada.)
COR. No entiendo...
MAT. Lo de mí... ¡me caso! (Con decision.)
COR. ¡Ah!
¡no sabía tanto!
MAT. Anoche
se ha dado el paso oficial:
Cárlos me ha pedido, y creo
que no habrá dificultad.
COR. Si tú le quieres...
MAT. Yo creo...
parece que sí!
COR. Estarás
muy contenta.
MAT. ¡No señor!
COR. ¿Por qué?
MAT. Venga usted acá.
(Le coge de la mano y la baja al proscenio.)
Cuando un hombre va á casarse
no puede ya pasear
por la calle de su novia?
COR. Si es que en la casa entra ya,
¿para qué?

MAT. Para mirarse
los dos.un poquito más.
COR. Si está ocupado?
MAT. ¡Y tampoco
puede ir á un baile si va
su prometida!
COR. ¿No fué
anoche?
MAT. No, señor.
COR. ¡Ya!
no sabría...
MAT. Sí, señor...
nos vió vestidas... y hay más,
pidió mi mano y me vió,
y nada me dijo.
COR. ¡Bah!
no te apures, él te quiere.
MAT. Que no me haga incomodar,
porque no me caso.
COR. ¡Vamos!
¿Y el concierto, bien?
MAT. Muy mal.
Mamá estaba triste; yo,
por capricho de mamá,
llena de joyas... sufriendo
cada broma!
COR. Es natural.
Haz el favor de decirla
que la espero aquí.
MAT. ¿Y papá
no sabe aún que usté ha venido?
COR. No, si has cumplido puntual
mi encargo.
MAT. Á todos lo dije.
COR. Anda, hija mia.
MAT. ¿Verdad
que con nosotros se viene
mi madre al casarme?
COR. Hará
lo que tú quieras.
MAT. Yo sola
no me voy, que me va á dar

una vergüenza tan grande!...

COR. Ya hablaremos.

MAT. Usté hará
porque venga.

COR. Sí, hija mia;
dí que la espero.

MAT. (El galan
rendido me ve ya en casa
y no quiere pascar.)
(Mira al balcon y se va por la puerta de la derecha.)

ESCENA III.

CORONEL.

¡Y esa pobre niña ignora
que está al borde de un volcan!
¡Cuánto he sufrido esta noche!
¡Ir yo mismo á averiguar
la ruina de mi familia!
¡Oir de un labio procaz
la deshonra de mi hijo...
y sonreir y callar!
¡Esto me ha guardado el cielo
tras tantos años de afan,
de consejos, de cuidados...
de cariño paternal!
¡Dios mio! ¿por qué hace tiempo
no me llevaste á tu paz,
ahorrando á mí faz rubor
y llanto á mi ancianidad?

ESCENA IV.

DICHO, ISABEL, por la puerta de la derecha.

ISABEL. ¡Ah, señor! ya lo sé todo.

COR. ¡Sé más que tú!

ISABEL. ¿Qué? ¡aún hay más!

COR. Sí: yo mismo he preguntado,
he inquirido la verdad...
y la ruina de esta casa

es inevitable ya.
¡Tú no sabes, Isabel,
de lo que el hombre es capaz
cuando una pasion embota
sus sentimientos!

ISABEL. (Con amargura.) ¡Quizá!...

COR. El jugador no conoce
límite alguno en su afan.
Pierde cuanto tiene, y luégo
con la esperanza falaz
de nueva ganancia, pide,
empeña su firma...

ISABEL. ¡Ah!

COR. Sí; la herencia de sus padres,
viviendo aún, va á jugar,
y la sangre de sus venas
jugaría á valer más.

ISABEL. ¡Oh!

COR. ¡Todo!

ISABEL. Entónces...

COR. Entónces
llega ese momento ya
en que desde el vicio al crímen
hay un paso nada más.
Y el que llega allí, no mira,
y casi siempre le da.

ISABEL. ¡Padre!

COR. ¡Isabel... mira en torno!...
Cuanto hay aquí, va á pasar
á manos ajenas: yo
que por único caudal
guardo sólo de mis padres
el santo y tranquilo hogar,
la alcoba donde nací
y la ventana que da
al sitio donde mi madre (Conmovido.)
duerme para siempre en paz,
le he empeñado por salvarle.

ISABEL. ¡Oh!

COR. Sí; el pedazo de pan
que en pago de mis heridas
mi patria ha tiempo me da

sobra á mi vejez; yo vivo
en cualquier parte.

ISABEL. ¡Oh! ¡jamás!
Yo la dote de mi hija
conservo.

COR. No es tuya ya.

ISABEL. Ella al padre de su padre
alegre se la va á dar.

COR. No, Isabel... ya está pedida
su mano, y con ella irás.
¿No es cierto?

ISABEL. Anoche dudaba...
hoy no puedo ya dudar.

COR. La situacion de mi hijo,
Cárlos por fuerza sabrá,
y es necesario la boda
obligarle á apresurar:
que sea feliz Matilde,
eso es ya lo principal...
de nosotros, Isabel,
Dios que es grande cuidará!

ESCENA V.

DICHOS y CÁRLOS, por el foro, pálido y abatido.

CARLOS. ¡Isabel! ¡Oh! ¡usted aquí!
(Sorprendiéndose al ver al Coronel.)

COR. ¡Cárlos!

CARLOS. (Turbado.) Yo...

COR. Puedes hablar.
Sé que adoras á Matilde,
que ella te quiere, y que ya
puedo de hijo darte el nombre.
Yo sé que feliz la harás.

CARLOS. Señor...

COR. De tu padre amigo
desde tu más tierna edad,
sé que le haces venturoso
con tu conducta ejemplar.
Si mis hijos, de Matilde
quieren la felicidad,

al ser tú, Cárlos, su esposo
de seguro se la dan.

CARLOS. ¡Oh! ¡señor! ¡Dios no lo quiere!

ISABEL. ¡Cómo!

COR. ¡Qué!...

CARLOS. Yo, la verdad
ocultar querría... pero
me es imposible callar.

COR. Habla pues.

CARLOS. Yo amo á Matilde
desde que la ví; leal
fué mi cariño y el suyo
constante y firme á la par.
Su modestia, su virtud
y su ternura filial,
un porvenir me ofrecian
de dicha y de bienestar.
Escribí á mi padre, y mientras
su autorizacion formal
llegaba... anoche pedí
á Matilde.

COR. Lo sé ya.

CARLOS. Hoy la carta de mi padre
he recibido. (Con tristeza.)

COR. ¿Qué más!

CARLOS. ¡No me atrevo!... Una calumnia
sin duda le hace negar
su permiso.

ISABEL. (¡Hija del alma!)

COR. Y tú...

CARLOS. No entiendo en verdad
cómo las faltas de un padre
un hijo debe pagar.

COR. Pero tú...

CARLOS. Yo no podré
amar á nadie jamás.
Es de Matilde mi alma,
mi aliento, mi voluntad...
mi apellido es de mi padre,
y yo no le puedo dar.

ISABEL. (¡Dios mio!)

CARLOS. Perdon, señora;

mi madre la creí ya;
y esa esperanza, que era
mi única felicidad,
la he perdido para siempre;
yo soy el que pierde más.

ISABEL. ¿Y Matilde, que le ama?

COR. (Su padre le roba ya
hasta su amor, no es posible!)

CARLOS. No llegué aquí sin temblar,
y si la veo, no sé...

COR. ¿Pero esa carta?...

CARLOS. Aquí está.

(Entrega una carta al Coronel, que este lee en voz baja mientras Cárlos habla con Isabel.)

ISABEL. ¡Cárlos, adios! yo respeto
de un padre la voluntad
y siento perder un hijo...
pero tengo que mirar
por Matilde, y no sé cómo
la haré saber la verdad.

CARLOS. ¡Oh! yo no quiero, señora,
que guarde de mí un fatal
recuerdo, y que crea nunca
que fué mi pasion falaz.
Dígala usted que mi amor
suyo por siempre será.
Mi padre al obedecerle
no puede exigirme más.

COR. Isabel, nada la digas:
Cárlos, un momento.

(Devuelve á Cárlos la carta.)

CARLOS. ¡Ah!
no exija usted si la veo...

COR. Su madre la detendrá.
Hoy mismo partimos.

ISABEL. ¿Dónde?

COR. Un instante y lo sabrás.
Disponlo todo.

ISABEL. Usté espera...

COR. (Es necesario acabar!)

(Isabel se va por la derecha.)

ESCENA VI.

CORONEL, CÁRLOS.

COR. ¿Amas á Matilde? (Con decision.)
CARLOS. Sí,
más que á mi vida, señor.
COR. ¿Sabes que es grande su amor?
CARLOS. Sé que mi dicha perdí. (Tristemente.)
Pero ántes que mi ventura,
que mi porvenir entero,
es mi padre... y yo no quiero
llenar su alma de amargura.
Si con justicia ó sin ella,
juzgarlo á mí no me toca,
mis deberes de hijo invoca,
culpa es de mi mala estrella.
Yo sé que á Matilde aflijo,
mas por poco que me cuadre
la injusticia de mi padre
no me hará ser un mal hijo.
COR. Bien, Cárlos: en mí confía;
tu padre es hombre de bien,
y si ha sabido tambien
lo que causa mi agonía,
yo sabré hacerle entender
que es injusto lo que ha hecho,
y que no tiene derecho
tu dicha para romper.
Sabe que soy hombre honrado
y hará lo que yo le ruegue....
mientras ese instante llegue
vas á esperarme á su lado.
CARLOS. Yo, señor, al ver perdida
mi esperanza deseada,
y mi palabra empeñada
no pudiendo ver cumplida,
quise de Matilde huir:
en América fijé
mi deseo, y encontré
uno que debe partir

mañana, representando
á un banquero amigo mio.
Ya ve usted que le confío
cuanto en mi alma está pasando.

COR. ¿Y has prometido?

CARLOS. Yo insté;
y aquí está la credencial
que me autoriza.

(Saca un pliego que entrega al Coronel, y con el que éste se queda.)

COR. Fatal
tu loco arrebato fué.
No importa; vuelva al reposo
tu imaginacion inquieta:
yo hago feliz á mi nieta
al hacerte venturoso,
y lograrlo es cuenta mia.
Ahora escucha: yo te exijo
que de tu padre á mi hijo
des la carta que te envía:
dí que ella tu ruina labra;
que tu padre no ha accedido
á tu boda, y que has venido
á recoger tu palabra.

CARLOS. Mas si usted lo ha de arreglar...

COR. Importa á mi pensamiento.

CARLOS. Será para él un tormento
que yo quisiera evitar.

COR. Hazlo. Evitar no podemos
que él conozca lo que pasa.
Hoy saldremos de esta casa:
hoy á Aragon partiremos.

CARLOS. ¡Cuánto le debe mí amor!

COR. Sal, y en la estacion espera.

CARLOS. Yo hallar un medio quisiera.

COR. ¡Eduardo! ¡Vamos, valor!

(Viendo á Eduardo, que sale por la izquierda, y retirándose por la derecha.)

ESCENA VII.

CÁRLOS, EDUARDO.

EDUARDO. Creí oir... ¡Ah! ¿usted aquí? (Viendo á Cárlos.)
CARLOS. Hace un momento que aguardo.
EDUARDO. No me han dicho...
CARLOS. Don Eduardo,
ayer la mano pedí
de su hija.
EDUARDO. Y esperaba
usted el consentimiento
de su padre. Yo contento
accedí á lo que anhelaba.
CARLOS. Mil gracias; y es mi dolor
tanto más inmenso...
EDUARDO. ¿Qué?
CARLOS. ¡Cuanto que nunca esperé
perder ventura y amor!
EDUARDO. ¿Su padre de usted?...
CARLOS. Mi padre
su aprobacion no me da. (Con entereza.)
EDUARDO. ¿Cómo? ¿La funda quizá
en algo que mal me cuadre?
CARLOS. Siendo amigo há tantos años
de usted y de su familia,
mal su carta se concilia
con motivos á ella extraños.
EDUARDO. Es decir...
CARLOS. Yo no he creido...
y si usted mismo despues
prueba...
EDUARDO. ¡Cárlos!
CARLOS. Esta es
la carta que he recibido. (Se la entrega.)
EDUARDO. (Leyendo, presa de la mayor agitacion.)
«Hijo mio: el que su honra
»limpia quiere conservar,
»nunca debe emparentar
»con quien su nombre deshonra.»
¡Oh! «Yo estimo al Coronel,

»y aunque hondamente le aflijo,
»sé que el nombre de su hijo
»no es digno de tí ni de él.»
¡Cárlos! (Hablado, con ira reconcentrada.)

CARLOS. Mi padre asegura...

EDUARDO. «El que su fortuna juega (Leyendo.)
»y al torpe vicio se entrega
»que el deshonor le procura...
»el que su firma y su nombre
»mancha en un garito inmundo
»sin temor á Dios ni al mundo,
»ni es buen padre ni es buen hombre.
»Yo siento aumentar tus penas;
»pero en mis principios fijos
»no entra el plan de que tus hijos
»tengan vil sangre en las venas.»
¡Oh; basta!... si el que esto escribe...
(Fuera de sí.)

CARLOS. Es mi padre. (Con dignidad.)

EDUARDO. ¡Oh! que no acabe
de leerle... (Le arruga y tira al suelo el papel.)

CARLOS. Y usted sabe
cómo piensa y cómo vive.
Si eso, señor, no es verdad,
él lo escuchará gustoso;
yo seré de su hija esposo.

EDUARDO. Concluyó nuestra amistad.

CARLOS. Nuestra mútua ruina labra
lo que en sus labios he oido.

EDUARDO. ¡Basta, Cárlos!

CARLOS. Yo he venido
á recoger mi palabra.

EDUARDO. Libre es usted.

CARLOS. ¿Ni un consuelo
á mi esperanza le da?
Si Matilde...

EDUARDO. ¡Basta ya!

CARLOS. ¡Don Eduardo! (Saludando.)

EDUARDO. (Fuera de sí.) ¡Dios del cielo!

ESCENA VIII.

EDUARDO.

¡Oh! ¡sí! por distintos modos
saben la senda que sigo
y todos rompen conmigo...
¡bien! yo romperé con todos...
¡y ya no puedo triunfar!
protestan mis pagarés,
y de ese mundo á los piés
por fuerza me he de arrastrar.
No tengo nada. Mañana
vendrán á echarme de aquí,
y ya todo lo perdí
y no hay esperanza humana.
Mi hija le amaba. No sé...
y sin duda lo sabrá...
mi padre... ¿qué hago yo ya?
¡Mente mia, inspírame!

ESCENA IX.

DICHO, ISABEL, por la derecha.

ISABEL. ¡Eduardo! (Con entereza y frialdad.)
EDUARDO. ¡Isabel!
ISABEL. Yo soy:
desde la fatal escena
de anoche...
EDUARDO. Con honda pena
de ella voy á hablarte hoy.
Perdona, fué un arrebato.
ISABEL. Yo de eso no quiero hablar.
Desde anoche en redactar
pensé de mi hija el contrato,
y quiero...
EDUARDO. Inútil afan...
ya Matilde no se casa
con Cárlos.
ISABEL. Dime, qué pasa?

(Pausa. Ve en el suelo el papel arrugado, y le coge desdoblándole.)
Estas líneas lo dirán.

EDUARDO. (¡Oh! ¡que vergüenza!) Isabel...
(Queriendo recoger el papel.)

ISABEL. (Leyendo.) «El que su fortuna juega
»y al torpe vicio se entrega...»

EDUARDO. Basta; dame ese papel...

ISABEL. Soy su madre, y en sus penas (Deteniéndole.)
tengo yo los ojos fijos.
(Leyendo.) «No quiero yo que tus hijos
»tengan vil sangre en sus venas.»

EDUARDO. ¡Oh! ¡calla!

ISABEL Conque es decir
que á tu fortuna perdida
y á mi desdichada vida
debemos hoy añadir
de mi hija el triste llanto,
de un anciano la afliccion...
dime tú, ¿por qué razon
tenemos que sufrir tanto?

EDUARDO. Ya no es hora de explicar
lo que no tiene remedio.
Ahora es fuerza hallar un medio
que pueda el daño enmendar.
Todo perdido: mi firma
en pagarés empeñada.

ISABEL. Esa desdicha ignorada (Con ironía.)
este papel la confirma!

EDUARDO. ¡Sí! (Con desaliento.)
Ahora bien. ¡Matilde ya
no se casa! ¡aunque álguien note
lo que sucede... su dote
pudiera salvarnos!...

ISABEL. (Retrocediendo.) ¡Ah!

EDUARDO. ¡Él puede!...

ISABEL. ¿No hay en tu ser
¡me aterra tanta verdad!...
ni ideas de dignidad,
ni nociones de deber?
¿No hay en ese alma viciada
una conciencia que grita,

ni en esa mente se agita
una inspiracion honrada?...
¿Tanto el vicio al hombre obceca,
tanto al bien niega el oido,
que en criminal pervertido
al hombre y al padre trueca?...
del mundo la indignacion,
esta ofensa palpitante (Señalando la carta.)
aún no te dicen bastante?...
¿Qué hay en tu alma?

EDUARDO. (Con fuego y extravío.) ¡Una pasion!
Roto del deber el dique
nada vence á su coraje.
¡En su terrible lenguaje
qué quieres que yo te explique?
¿Qué puedes tú comprender,
alma pura y virginal,
de esa embriaguez mortal
que trastorna nuestro ser?
Para ti, mudo el tapete
nada al verle te hablaría,
á mí su presencia fria
veinte vidas me promete!...
¡Ardo y sucumbo en su fuego,
huyo de él!... ¡vuelvo iracundo!...
¿qué me importan... yo y el mundo?
¿Sabes tú lo que es el juego?

ISABEL. ¡Si; lo sé!.. por tu experiencia...
el juego es una pasion
que ahoga en el corazon
el grito de la conciencia...
Que ofrece á la juventud
una vejez prematura,
y seca en el alma impura
el riego de la virtud!...
¡En ese inmundo tapete,
del que el lenguaje no entiendo,
que al jugador sonriendo
veinte vidas le promete...
de las cuales ni una envidio...
nacen en loco arrebato
el robo... el asesinato...

el deshonor... el suicidio!...
¡Sé lo que es un jugador!...
¡un ser sin patria ni hogar,
un hombre que va á entregar (Con desprecio.)
á otro su vida y su honor!...
¡Un ser sin Dios ni conciencia,
que con que á su vicio cuadre,
juega, juega aun viviendo su padre,
del padre la santa herencia!

EDUARDO. ¡Isabel!... (Queriendo hacerla callar.)

ISABEL. (En el colmo del desprecio.)
Te oí tambien...
óyeme tú sin rigor...
Yo te pinto al jugador...
dí... tú si le pinto bien... (Pausa.)
Un hombre que como ves,
hasta en sus instintos fiero...
roba á su padre primero...
roba á sus hijos despues...

EDUARDO. ¡Isabel!!... (Fuera de sí.)

ISABEL. (Sin oirle.) Los criminales
roban para enriquecer
á sus hijos: el placer
de verlos á otros iguales,
suele encender su furor...
su amor está en ellos fijo...
pero ir á robar á un hijo
eso sólo un jugador!...

EDUARDO. Isabel... ¡Calla!... (Amenazador.)

ISABEL. No... ¡No!...
Concluye ya tu carrera
con el crímen; ¡en tu esfera
te estoy estorbando yo!

EDUARDO. ¡Oh! ¡Calma! (Queriendo dominarse.)

ISABEL. Sin mí, hasta el pan
de Matilde jugarías...

EDUARDO. ¡Calla! hay ideas impías
que aquí germinando están.

ISABEL. Dálas rienda suelta pues...
sé criminal en buen hora...
Yo te odio... mátame ahora
si me has de matar despues!

EDUARDO. ¡Isabel... no puedo más!...
(En el colmo del furor.)
ISABEL. Como tu pasion lo exija...
hoy robarás á tu hija...
mañana la venderás...
EDUARDO. Miserable...
(Se vuelve y abre un cajon de su buró, de donde saca una pistola; mientras huye Isabel dando un grito, el Coronel sale y se interpone con rapidez entre los dos. Al volverse Eduardo amenazando á Isabel con la pistola, ve á su padre, da un grito y retrocede espantado. Cuadro.)
ISABEL. (Huyendo.) ¡Ah!...
EDUARDO. (Retrocede.) ¡Dios; mi padre! (Pausa.)

ESCENA X.

ISABEL, EDUARDO, el CORONEL.

COR. ¡Mientes!... yo no te dí el ser!...
y me harás aborrecer (Despacio.)
la memoria de tu madre!
Ves el llanto en las mejillas
de la que á tu hija defiende
y la voz de Dios te ofende...
¡De rodillas!... de rodillas!
(Alzando la voz. Eduardo cae aterrado.)
EDUARDO. ¡Oh!
COR. Mi nombre has deshonrado
y yo por tí he respondido...
de la casa en que ha nacido
á este viejo has arrojado...
Paga con mi tumba pues
de tu firma el descubierto.
Tu pobre padre, que ha muerto,
pone su herencia á tus piés.
EDUARDO. Yo...
COR. Ni una frase en tu mengua
vierta aquí tu boca impía;
donde está hablando la mia
ya no puede hablar tu lengua!
¡Adios!... bástente esos bienes

para seguir tu destino...
¡de la vida en el camino
ni hogar ni familia tienes!...
Sembraste el mál fecundo,
y por perjuro é impío
te maldi... (Eduardo se levanta.)

ISABEL. (Con un grito desgarrador.)
¡No... padre mío,
que ya está solo en el mundo!
(Pausa.)

COR. Retiro mi maldicion...
Dios á mi lengua perdone
y tu alma no abandone...

EDUARDO. (Despues de una lucha horrible.)
¡Isabel... Padre... perdon!...
(Con un grito del alma y cayendo sollozando.)
¡Dios desde su excelso trono
ve lo que pasa en mi pecho!

COR. ¡Todo el daño que me has hecho,
Eduardo, olvido y perdono!

EDUARDO. (Sollozando.)
¡Yo seré digno, señor,
de ese perdon sacrosanto!...
¡mi vida en perpétuo llanto
sumiré y negro dolor!...
Trabajaré con afan,
la casa rescataré
de mi padre y viviré
con un pedazo de pan!...
(En el colmo de la desesperacion.)

COR. Que Dios tus pasos dirija...
todos allí te aguardamos
y á esperar tu vuelta vamos...

EDUARDO. La mano... padre.

COR. (Haciéndole callar.) (¡Tu hija!)
(Rapidez. Eduardo se levanta, Isabel se enjuga el llanto, Matilde entra por la derecha.)

ESCENA XI.

DICHOS y MATILDE.

COR. Ya está todo concluido...

y Cárlos espera...

MAT. (Con energía.) ¡Ah!
pero no viene papá? (Con extrañeza.)

COR. ¡Vendrá!... yo le he decidido...
(Mientras Isabel y Matilde hablan aparte, el Coronel da á Eduardo, que no se atreve á mirarle, el pliego que le dió Cárlos.)
(Toma... Con ese papel
debes llegar á la Habana.—
Págalo todo, y mañana
parte. ¡Tu suerte está en él!)
(Se retira á hablar con Matilde.)

EDUARDO. ¡Isabel! (Conmovido.)

ISABEL. Lo olvido.—¡Adios! (Le da la mano.)

MAT. ¡Papá... no tardes!...

EDUARDO. (Fingiendo sonreir.) ¡Dos dias...
lo más... De tus alegrias
¿como no correr en pos? (La abraza.)
(¡Oh! ¿si más no la veré?)

COR. (Siga tu arrepentimiento
y yo moriré contento!...)
(Le bendice con la mano derecha, sin que Eduardo lo vea, y mira al cielo mientras da la mano izquierda á su hijo, que él besa con efusion.)
¡Te esperamos!...

EDUARDO. (Con fé entera y solemne.) ¡Volveré!...
(Cae el telon ántes de salir de la escena el Coronel, Matilde é Isabel.)

FIN DEL DRAMA.

Habiendo examinado el drama, Estudio del natural, *no hallo inconveniente en que su representacion sea autorizada.*

Madrid 5 de Febrero de 1863.

El censor de teatros,

ANTONIO FERRER DEL RIO.

OBRAS DRAMATICAS DE D. LUIS MARIANO DE LARRA.

COMEDIAS.

El amor y la moda.
El toro y el tigre.
Quien piensa mal, mal acierta.
Pedro el marino.
El cuello de una camisa.
En palacio y en la calle.
Las tres noblezas.
Quien á cuchillo mata.
Á caza de cuervos.
Una nube de verano. (Tercera edicion.)
Lanuza.
Entre todas las mujeres (1).
Sapos y culebras (1).
Una Vírgen de Murillo (1).
El beso de Judas.
Una lágrima y un beso.
Juicios de Dios.
La flor del valle. (Segunda edicion.)
La pluma y la espada.
Batalla de Reinas.
El amor y el interés. (Tercera edicion.)
La planta exótica. (Segunda edicion.)
La paloma y los halcones.
El rey del mundo.
La oracion de la tarde. (Sexta edicion.)
Los lazos de la familia. (Cuarta edicion.)
Rico de amor.
Barómetro conyugal (2).
La lápida mortuoria.
La bolsa y el bolsillo
El Marqués y el Marquesito.
Los infieles (3). (Tercera edicion.)
La agonía. (Tercera edicion.)
Flores y perlas. (Cuarta edicion.)
Dios sobre todo.
El hombre libre.
La primera piedra.
Estudio del natural. (Segunda edicion.)
La cosecha.
En brazos de la muerte.
¡Bienaventurados los que lloran! (Cuarta edicion.)
El bien perdido.
Oros, copas, espadas y bastos. (Cuarta edicion.)
El ángel de la muerte.
El Becerro de oro.
Los hijos de Adan.
El árbol del Paraiso.
El Caballero de Gracia.
La tarde de Noche-buena.

ZARZUELAS.

Un embuste y una boda. (Música de Genovés.)
Todo son raptos. (Música de Oudrid.)
As en puerta. (Música de Oudrid.)
La perla negra. (Música de Vazquez.)
Las hijas de Eva. (Música de Gaztambide.) (Tercera edicion.)
La conquista de Madrid. (Música de Gaztambide.) (Segunda edicion.)
Cadenas de oro (Música de Arrieta.) (4).
Una revancha. (Música de Campo.)
La ínsula Barataria. (Música de Arrieta.)
Punto y aparte. (Música de Rogel.)
Los órganos de Móstoles. (Música de Rogel.) (Segunda edicion.)
Los infiernos de Madrid. (M.ª de Rogel.)
La varita de virtudes. (Música de Gaztambide.)
Los misterios del Parnaso. (Música de Arrieta.)
Los hijos de la costa. (Música de Marqués.)
Justos por pecadores. (Música de Oudrid y Marqués.)
La prima-donna. (Música de zarzuelas.)
El atrevido en la córte. (Música de Caballero.)
El conde y el condenado. (Música de Rogel é Inzenga (5).
Sueños de oro. (M. de Barbieri.) (3.ª ed.)

OBRAS NO DRAMATICAS.

Tres noches de amor y celos. Novela en dos tomos.
La gota de tinta. (Segunda edicion.) Novela en dos tomos.
El libro de las mujeres. Obra traducida en un tomo.

---

(1) En colaboracion con D. Luis de Eguilaz.
(2) Idem con D. Ventura de la Vega.
(3) Idem con D. Narciso Serra.
(4) Idem con D. Ramon de Navarrete.
(5) Id. con D. Antonio García Gutierrez.

AUMENTO A LA ADICION DE 1.° DE ENERO DE 1874.

TÍTULOS.	Actos.	AUTORES.	Prop. que corresponde
COMEDIAS Y DRAMAS.			
o de la tia	1	E. Navarro	Todo.
el cielo	1	C. Frontaura	»
esmes	1	Manuel Nogueras	»
vio	1	José Velazquez	»
ir de la vida	1	J. Fernandez Bremon	»
o talonario	1	J. Hayeseca	»
ato de Macaria	1	R. María Liern	»
sofía del vino	1	Teodoro Guerrero	»
píritus	1	J. Fernandez Bremon	»
jer me engaña	1	Eduardo de Lustonó	»
1874. (*Revista.*)	1	R. Valero y Llorens	L. y M.
n perdido	1	Teodoro Guerrero	Todo.
de enredos	1	N. N.	»
	1	Petano y Torres	»
tar muertos	2	Ramos Carrion	»
e á tres dias fecha	2	E. Zamora y Caballero	»
uelo	3	E. Blasco	»
nor	3	R. de Campoamor	»
la entre dos platos	3	Malli y Coello	»
Blandini	4	E. Zumel	»
conde de Commarin	4	E. Zumel	»
ZARZUELAS.			
canos de pega	1	R. María Liern	Libro.
légramas	1	Portero y Segura	Libro.
ite de bellotas	1	R. María Liern	L. y M.
n dia	1	N. Serra y Bengoechea	L. y M.
va á morir te saluda	1	Belza y Balart	L. y M.
gento Lozano	1	Hurtado y Nuñez-Robres	L. y M.
bastidores	1	N. Serra y Carreras	L. y M.
e los cielos	1	N. Serra y Bengoechea	L. y M.
en guerrillas	1	Manuel Nieto	Música
z de España	1	Altadill y Fossa	L. y M.
jas de Fulano	1	Amalfi y Fernandez Caballero	L. y M.
sales de Mañara	1	Guillermo Cereceda	Música
el Veterano	1	Liern y Monfort	L. y M.
villano en la Habana	1	Leopoldo Palomino de Guzman	Libro.
stelero de Ricla	3	Belza y Gabriel Balart	L. y M.

dejado de pertenecer á esta Galería la comedia en un acto de D. Eduardo rro, titulada: *Por un descuido*, y la música de las zarzuelas en un acto del ossetti, tituladas: *El cuerpo del delito; El padre de mi mujer*; *Un auto de m*, y *Un jaleo en Triana.*

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

En la librería de los Sres. *Viuda é Hijos de Cuesta,* calle de Carretas, núm. 9,

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de esta Galería.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente al **EDITOR**, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.